



FRANCISCO ARDERIUS



# DE MIS RECUERDOS

TARRACIONES HISTÓRICAS

Dibujos de MARTÍNEZ ABADES



27

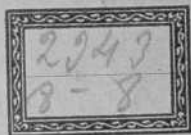




3958

tit. n.º 128171  
CO/352869

lig 1527



DEPOSITO



10000352869



DE MIS RECUERDOS

---

Es propiedad.

---

---

Los pedidos al Autor, Calle de Goya, 18

R. 111273

FRANCISCO ARDERIUS

# DE MIS RECUERDOS

NARRACIONES HISTORICAS

DIBUJOS DE

MARTINEZ ABADES



MADRID

IMPRESA HISPANO-ALEMANA, GONZALO DE CORDOVA, 22

Teléfono número 4.610

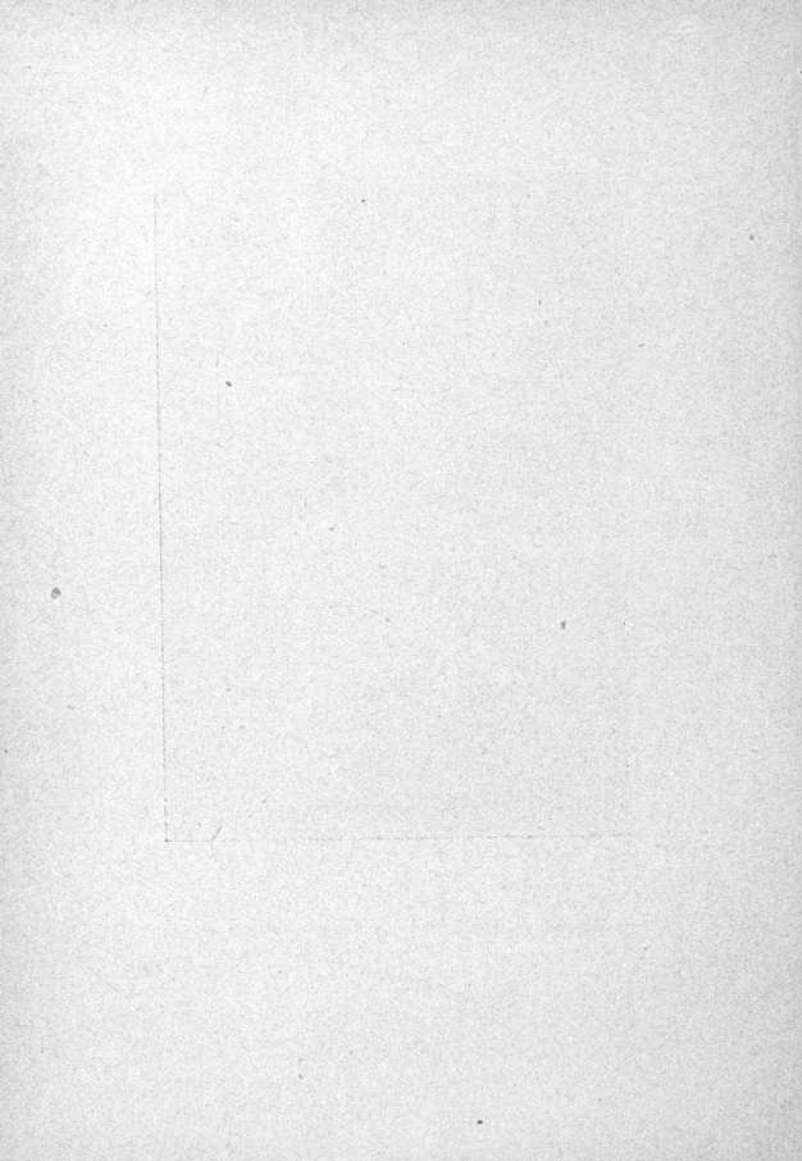
1914







*Francisco Arterius*



## Excelentísimo Señor Marqués de Comillas

*Perdonadme, Señor, el que me atreva á dedicaros este modesto libro.*

*La intención que me guió á escribirlo, no fué otra que distraer la imaginación de los niños en sus horas de lectura.*

*He creído y creo hacer un bien, fijando en sus memorias infantiles, hechos históricos que, al par que enaltezcan nuestra conducta patriótica en pasados desastres, lleven á sus almas el interés del heroísmo y el amor á la Marina y su Patrona la Santa Virgen del Carmen.*

*No busquéis en su confección procedimientos literarios de ninguna clase, porque cuando habla el corazón, la retórica calla. Escribo para los niños y nada más.*

No os conozco personalmente, pero sí sé quien sois por vuestros actos, aquellos que os ligan y ligaron á España y á la Humanidad.

Sé que vuestro patriotismo, elevando al sacrificio de los propios intereses, riñó batallas con la bondad de V. E. que se extendió en diferentes ocasiones á la desgracia y la miseria; y esto ha sido suficiente para quien como yo, que siento dentro del alma la grandeza de la vuestra, y que llevo sobre mi cuerpo las indelebles señales de los servicios prestados á mi patria, se haya atrevido á dedicaros este modesto trabajo.

Producto es de mis recuerdos de un día tan señalado en la Historia por sus desdichas como enaltecido será en sus áureas páginas cuando ella, con el tiempo, nos haga justicia.

Aceptadlo con cariño como prueba de admiración respetuosa de vuestro s. s.,

El Teniente de Navío,  
Comandante de Inválidos,  
FRANCISCO ARDERIUS.

## AL LECTOR

Este libro que tienes ante tus ojos, es un libro verdaderamente excepcional. Y es lógico que así sea, porque su autor es también un espíritu de excepción.

Es Francisco Arderius uno de esos hombres de noble y animoso corazón, de clara inteligencia y voluntad firmísima, que nacieron para afrontar todo linaje de empresas, por atrevidas y aun temerarias que estas sean, seguros siempre de alcanzar el éxito. Donde él puso su talento y sus afanes, toda dificultad y todo obstáculo cedieron, débiles, para ofrecerle el galardón del triunfo, un triunfo reso-

nante, máximo, de calurosa y unánime consagración.

Luchador por temperamento y por predilección de su espíritu, educado en la fe del más puro y ardiente patriotismo, abrazó la santa profesión de las armas, y á ellas afrendó la inquebrantable entereza y sublime abnegación de su alma grande y los más fervientes entusiasmos de sus alegres años moceriles.

Breve, muy breve, es su historia de soldado; pero harto sobrada para que en ella se destaquen con áureos caracteres el nombre de una patria tan gloriosa como desgraciada y el de un admirable patriota: ESPAÑA... ARDE-RIUS...

¡Observad con qué emocionante sencillez este clásico español os refiere en las hermosas páginas de este su libro, la trágica epopeya de Santiago de Cuba; fijáos con cuanta encantadora llaneza os narra el cruento sacrificio de su juventud y de sus ideales; deteneos á admirar el vigoroso heroísmo de un hombre que, sobreviviendo milagrosamente al triste cata-

clismo de sus juveniles energías, de sus santos amores, de sus doradas ilusiones, aun siente en el alma el fuego de la patria y de la fe... Por ellas todo; para ellas vivir... morir por ellas...

Y cuando las fuerzas le faltan para empuñar la espada y esgrimirla á impulsos de su animoso corazón, tiene sobrados arrestos para sostener briosamente la pluma, y al mandato de su cerebro trazar páginas como las presentes en favor y gloria de la santa causa de toda su vida.

Así es el autor de este libro; así es Arderius. ¡Ah si su noble ejemplo diese frutos tan sanos como la semilla!

Cuando la fe huye de muchos corazones, secos por un frío y amargo excepticismo; cuando el medro personal y la satisfacción de los más sórdidos apetitos es la bandera que tremolan los culpables de nuestros desastres y los que nos llevan ciegos, á la más humillante postración, la figura moral de Arderius, todo abnegación, todo sacrificio, todo amor

por su patria, conmueve hondamente y enciende la admiración de los hombres honrados y patriotas.

Cuantos elogios, pues, tributásemos en honor de este hombre, resultarían escasos. Le debemos más alta ofrenda que la que representa un puñado de frases laudatorias. Tributémosle algo más intenso, de más estima, que llega más hondo: el homenaje de nuestro cariño y de nuestra gratitud.



Y aquí podíamos poner punto final á estas cuartillas preliminares; pero no queremos hacerlo sin antes consignar el concepto que nos merece este libro, literariamente considerado.

No es Arderius lo que se llama un escritor profesional, aunque de poco tiempo á la fecha consagre á la literatura gran parte de su actividad. Sin embargo, tiene estilo propio, en el que sobresale como nota característica



una encantadora sencillez de expresión, rayana en la ingenuidad. Tanto es así que á veces el lector llega á olvidarse que tiene un libro entre las manos para hacerse la dulce ilusión de que departe agradablemente con un antiguo y querido camarada.

En esto estriba el mayor encanto de su prosa, en la que no encontraremos nunca el atildamiento académico de un purista; pero en la que hallaremos siempre la más diáfana claridad. Cuando escribe dice lo que quiere decir lisa y llanamente, con la misma espontaneidad que irrumpe el agua de una fontana.

Y no se tome esto que acabo de decir, porque Arderius sea un desdeñador de los fueros del lenguaje, no; es un escritor prudente que se mantiene en justo medio. Cuida siempre de expresarse con elegancia y corrección; pero no se detiene jamás á vestir y embadurnar las ideas con mudas y afeites retóricos, que más las afean que las embellecen. La claridad y la sencillez serán siempre el más alto timbre de la belleza artística.

Otra gran virtud de escritor posee Arderíus, y ella se refleja en este libro como en ninguna de sus anteriores producciones: la gracia de la brevedad.

Es esta la principal condición que ha de tener toda obra literaria, si aspira á ser leída enteramente. ¡Cuántos libros pasan de nuestras manos á nuestra biblioteca apenas recorremos la vista por sus primeras páginas! Es este el castigo que impone el lector al literato que, queriendo componer un libro de amenidad y de recreo del espíritu, incurre en la insigne torpeza de alzar verdaderas montañas de prosa baldía para no decir nada ó decir algo minúsculo y vulgar.

Arderíus sabe que *lo ameno y lo difuso no caben en un costal*, y se ha formado un estilo breve, ligero, de extraordinaria amenidad; conoce el aforismo clásico de que *el pensamiento que hiere más hondo es el que se expresa con menos palabras*, y en todos sus trabajos ofrece al lector certeras síntesis; no ignora que el eterno desideratum del ingenio será siem-

pre *decir mucho y escribir poco*, y eso es lo que persigue porfiadamente.

No es extraño, pues, que un hombre tan bien orientado y con positivas facultades innatas de escritor, haya conquistado en poco tiempo justo renombre de articulista, y hoy nos agasaje con un libro de tanto interés como el presente, que merecerá, de fijo, el unánime elogio de la crítica bien intencionada.

Y sobre todo tú, lector, serás quien ofrezcas más alto galardón al autor de estas páginas, leyéndolas y releyéndolas complacidísimo ... Todos los episodios que en ellas se grabaron, grabados quedarán también en tu memoria para constante recordación. ¿Cabe mejor éxito para el autor de un libro? Pues este es el que obtendrá Arderíus con el presente.

---

Esta es, lector, mi opinión sobre el libro que tienes en la mano, y este es el juicio que su autor me merece.

El que conozca DE MIS RECUERDOS y conozca á su autor, abundará en mis apreciaciones. Porque conocer á Arderius es admirarle y quererle.

Yo le quiero y le admiro desde hace mucho tiempo.

Y todavía no sé si le quiero porque le admiro ó si le admiro porque le quiero.

LORENZO DE MIRANDA.

COMBATE NAVAL  
DE  
SANTIAGO DE CUBA



**P**oco después de comunicarse á nuestros barcos las oportunas órdenes del Almirante, se dejó oír en

ellos el toque de oración y más tarde el de silencio, quedando desde este momento sumida la bahía en la más completa calma, en el mayor reposo.

Nada turbó la majestad de aquella noche, última para muchos; precursora de un gran luto nacional y de amarga desolación en los hogares. ¡Cuántas familias y cuánta amistad quedarían en el mayor dolor, sin hallar otro consuelo que el desprecio público hacia aquellas inmaculadas víctimas del deber á quienes tanto amaron! Porque la loca opinión, que en un principio sólo siente el flechazo punzante de la derrota, no duda en elegir como blanco de sus anatemas á los actores de un drama cuyos autores principales, la reflexión y el tiempo tan sólo le permiten descubrir.

El espectro de la patria pisoteada y deshecha llenaba el alma de amargura infinita, y ante tal imagen, la nerviosidad aumentaba y con ella la impaciencia de ver transcurridas aquellas horas que nos separaban del momento de divisar la señal que anunciase nuestra salida. El deseo de combatir fué mucho mayor que la reflexión de lo que podía pasar: todos ambicio-

nábamos la llegada de un final cuyo resultado nadie ignoraba, si bien ninguno temía.

El problema de la humana vida era puramente secundario, la fe religiosa y el amor á los nuestros le hicieron olvidar, íbamos á ser objeto de las miradas del mundo entero y era preciso morir con honor, cuando España así lo exigió, pues, ¿qué menos que la vida podía por ella darse?

A las negruras de aquella triste noche sucedieron los primeros albores de la madrugada; las tierras empezaron á teñirse con la hermosa verdura de los campos tropicales; las cornetas tocando diana, indicaban la vuelta á la vida de actividad y trabajo; el momento crítico se acercaba y el astro deslumbrador de la mañana asomando su faz curiosa tocó con su larga cabellera el pabellón de nuestros barcos dando brillo á sus patrios colores, cuyos reflejos, en aquellas aguas tranquilas y

límpidas como las de un estanque, parecían buscar su límite en las mayores profundidades.

A las ocho próximamente el *Teresa* izó la señal de *zafarrancho de combate* que fué repetida por todos los buques en medio del toque apropiado de las cornetas y el característico ordenar de las pitadas de los contramaestres. Todo el mundo ocupó el puesto que con anterioridad le había sido asignado; los cierres de los cañones funcionaron para albergar en sus recámaras los pedazos de acero con que había de castigarse al enemigo; las tapas de las cubiertas protectoras cayeron para dejar á cubierto de la destrucción todos aquellos mecanismos que constituyen el alma del buque, y las chimeneas lanzando grandes cantidades de humo, indicaron el cargar de los hornos y el funcionamiento del tiro forzado para llevar la presión de las calderas á su extremo límite.

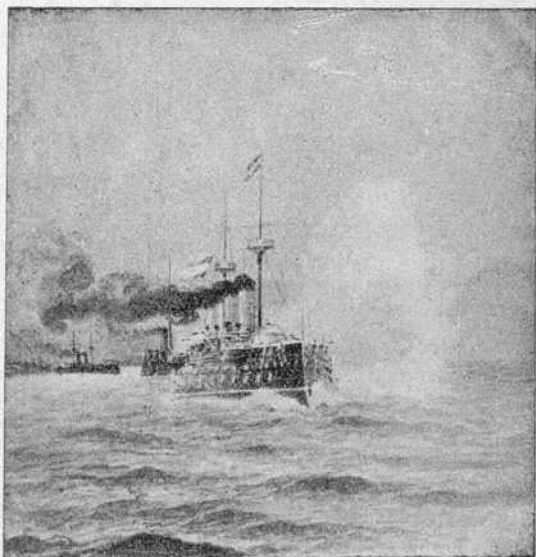
Poco después izó la Capitana nueva se-



ñal que decía así: «Salir según orden prevenido» y «Viva España», y desde este momento tan sólo se oyó en nuestros cruceros el ruido de las cadenas con que las anclas abandonando el fondo los dejaron en libertad.

El *Teresa*, insignia del Almirante, fué el primero en ponerse en movimiento, buscando entre las sinuosidades del canal la boca del puerto; momento de extremada emoción en que todos con la mayor ansiedad, esperábamos impacientes, el primer cañonazo.

Detras del buque insignia y con el intervalo imprescindible necesario, iban marchando los demás en el orden prefijado. Al pasar frente á las fortificaciones de tierra, los vítores se sucedieron de una á otra parte y en medio de estas aclamaciones el *Teresa* rompió gallardamente el fuego sobre el *Brooklyn*, buque el más próximo de la línea enemiga que la formaban aquel día, además de éste, el *Texas*, el *Iowa*,



el *Oregón*, el *Indiana*, el *New-York* y el *Glow-  
cester*, yacht armado,  
que se sostenía más  
próximo á tierra y á  
la altura del Castillo  
del Morro.

La inesperada salida sorprendió á los  
americanos que tardaron algunos momen-

tos en contestar al brusco ataque del *Teresa*; pero bien pronto se rehicieron y toda aquella línea enemiga rompió el fuego sobre nuestro crucero.

En este momento apareció el *Vizcaya* en la boca del puerto y simultáneamente el *Teresa* acometió al *Brooklyn* intentando la embestida, que éste esquivó girando sobre la banda y dando la otra que disparó á nuestro barco. Esta primera y valiente arremetida que dió la capitana permitió al *Vizcaya* salir casi ileso de los primeros fuegos que se cruzaron y pudo alejarse algo, seguido del *Colón*, desarrollando toda su fuerza y andar.

El *Oquendo*, último de nuestros cruceros en la línea, fué percibido por el enemigo cuando éste había tenido tiempo de cargar su artillería gruesa, que disparó con preferencia sobre este barco y el *Teresa*, haciendo mella sus proyectiles en ambos buques y dejando sentir sus efectos mortíferos y destructores.



El *Teresa* recibió uno que rompió la tubería auxiliar de vapor, produciéndose escapes de gran consideración que baja en la presión en las calderas, impidiendo la estancia de personal alguno en las proximidades del lugar de la rotura; otro proyectil destrozó la de contraincendios, quedando inútil este servicio para poderlo emplear contra el fuego que se declaró en cámaras y cubiertas y que, adquiriendo extraordinaria voracidad, levantaba imponentes llamas.

Las cubiertas estaban llenas de muertos y heridos; horripilantes despojos se mezclaban y confundían en montones que lúgubrememente ardían; gritos de angustia de hombres que desaparecían hechos pedazos y ayes de dolor de los que quedaban horriblemente mutilados, se unían á las bendiciones de la patria angustiada con que algunos sellaban su último aliento. El valeroso comandante del buque D. Víctor Concas, que desde el principio había per-

manecido fuera de la torre de combate, cayó herido gravemente, y desde este momento tomó el mando del *Teresa* el Almirante en persona.

El incendio avanzó sin poder ser dominado; el servicio de conducción de municiones se hizo imposible, como todo aquel que se intentaba debajo de la cubierta protectora, pues los escapes de vapor creaban una atmósfera irrespirable, y el suministro de proyectiles para los cañones hubo de ser limitado á los repuestos que había al pie de ellos. La artillería de 14 centímetros puso de manifiesto cuanto á su debido tiempo anunció nuestro Almirante con respecto á su inutilidad, teniendo que probar en más de un cañón varias cargas en medio de lo más recio de la lucha y cesando algunos de hacer disparos. La batería baja de tiro rápido, sin sirvientes casi, tuvo que ser abandonada en la parte de popa del barco donde el incendio empezó á producir la explosión de los re-

puestos, amenazando con la voladura de los pañoles de pólvora emplazados en aquella parte, y cuya inundación se hizo imposible por no poderse pasar por los callejones de las cámaras á causa de la asfixiante atmósfera que reinaba allí.

De las torres donde iban instaladas las piezas de grueso calibre, una se inutilizó y la otra tuvo que ser abandonada, porque el humo que la invadió imposibilitaba la estancia en ella.

En tan críticas circunstancias, casi consumidas las municiones de repuesto útiles que quedaban en las cubiertas, con la mayor parte de los sirvientes fuera de combate, la artillería deshecha y la amenaza de una voladura inminente, reunió el Almirante á los Oficiales más próximos, y formulada la pregunta de si creían que el combate podía seguir en tales condiciones y contestada que fué negativamente, se dirigió el barco sobre una playa próxima á Punta-Cabrera, y sosteniendo el fuego

hasta el último momento, embarrancó á las diez y quince minutos próximamente, cuando el terrible incendio llegaba casi al puente de proa, dando escaso tiempo para el salvamento de los supervivientes.

La bandera, que no se arrió, fué pasto de las llamas que, al consumirla, privaron al enemigo de éste que pudo ser su único trofeo.

El *Oquendo* fué el buque indudablemente más castigado en un principio, por ser el que vino á caer en medio de la escuadra enemiga cuando ésta, evolucionando para aproximarse, se encontraba en mejores condiciones para el ataque, ventaja que aprovechó cargando con preferencia sobre él.

Uno de los primeros proyectiles penetró en la torre de proa, matando á su Comandante y cuantos con él se encontraban dentro. A proa del buque se declaró el incendio que pudo ser dominado en un principio; no así el que iniciado á popa se hizo imposible extinguir. Los primeros proyec-

tiles enemigos inutilizaron los ascensores de municiones; la batería de cañones de 14 centímetros—uno de los cuales escupió el cierre matando é hiriendo á los sirvientes—fué completamente arrasada, quedando un solo cañón útil que, á falta de artilleros, disparaba en persona, después de ser herido el Comandante de aquélla, Teniente de Navío D. Enrique Marra, auxiliado del Guardia marina D. Quirino Gutiérrez y del condestable Antonio Soriano, teniendo que acarrear ellos mismos las municiones de los repuestos que quedaban en cubierta.

La batería baja de tiro rápido sufrió igual suerte que su compañera, y el comandante de ella se vió en la precisión de comunicar al que lo era del buque, que no podía continuar el fuego por falta de cañones y de gente.

El Segundo de á bordo, Capitán de fragata D. Víctor Sola, fué muerto en su puesto de combate; el Tercero, Teniente de na-



vío de primera clase D. Joaquín Matos, entregó su alma á Dios en el puente de proa, después de haber sido herido gravemente y suplicar á cuantos acudieron en su auxilio «que le dejaran morir en su puesto»; un proyectil de grueso calibre penetró en la cámara central de torpedos y dejó toda la dotación fuera de combate, incluso el oficial encargado de este servicio, é igualmente fué destruída la situada en la extrema popa del barco.

El incendio declarado avanzó con extraordinaria rapidez y las maderas ardiendo empezaron á caer por la abertura de la cubierta que daba acceso á los paños de municiones, cuya voladura hubiera sido inminente si el tercer condestable Germán Montero y el marinero Luis Díaz, no lo evitaran tapando aquella con cuarteles de madera y con camas mojadas, permaneciendo en este sitio hasta que les fué imposible seguir, y cerrando los paños antes de abandonarlo.

En estas circunstancias, el resultado del combate sostenido por este crucero no era dudoso; sin embargo nadie pensó en la rendición, y el buque, ya indefenso, continuó siendo blanco del enemigo, y únicamente cuando su heroico Comandante don Juan Bautista Lazaga vió al *Teresa* dirigirse á tierra, fué cuando dió las órdenes finales para ganar la costa, buscando en ella la pérdida de aquel buque con tanto denuedo y valor defendido.

Los paños de pólvora de proa fueron inundados, no así los de popa, que fué imposible hacerlo; se dispararon los torpedos que podían constituir un arma contra el mismo buque en el momento de la varada, y aquel pabellón que cubrió con su augusta sombra la vida de tantos mártires, cayó envuelto en las llamas en el instante en que éstas alcanzaban la altura de las cofas.

El *Vizcaya*, que en un principio pudo salir adelante, gracias á la predilección



que el enemigo  
mostró en los co-  
mienzos del com-  
bate por el *Teresa*  
y el *Oquendo*, se  
encontró con la



pérdida de estos dos buques frente á toda la escuadra americana, que desde este momento concentró sobre él su artillería.

Su escaso andar le hizo perder pronto la ventaja adquirida, y entonces empezó la lucha más desesperada que puede concebirse entre nuestro débil crucero y los cuatro potentes acorazados enemigos.

El *Brooklyn* y el *Oregon* por una banda, el *Iowa* por la popa, y el *New-York* por la otra banda, acosaron á nuestro buque, cuyas deficiencias en la artillería pusieron de manifiesto su escaso valor para el ataque. Cañones que se inutilizaron á los primeros disparos sumados á aquellos en que hubo que probar hasta siete y aun más cargas, crearon serias dificultades en la defensa, provocando rabiosa lentitud en el tiro, pero, sin embargo de estos gravísimos inconvenientes, el combate siguió siempre animado por el mejor espíritu de aquella dotación que tan alto ejemplo de disciplina dió en este día.

A las nueve y treinta y cinco de la mañana había recibido el *Vizcaya* el primer proyectil enemigo, y á las once y cincuenta, sin cañones ya para contestar, intentó su bravo comandante D. Antonio Eulate, herido gravemente en la cabeza y espalda, la acometida al *Brooklyn*, que, por ser el más próximo, era el que más mortificaba con su fuego persistente, embestida que fué esquivada por el buque americano, que demostró así no aceptar otra arma en el duelo más que su artillería.

En estos momentos tuvo que retirarse del puente el Sr. Eulate y pasar á la enfermería para restañar la abundante hemorragia de sus heridas, que llegaba á colocarle en estado casi exánime, pero no bien fué ligeramente vendado, volvió de nuevo á su puesto, y desde allí pudo darse cuenta de la verdadera situación del buque, á cuyas baterías desmontadas había que añadir el formidable incendio que, declarado á proa y popa, mantenía al rojo las



planchas de los costados, y ante estas circunstancias, que imposibilitaban la continuación de la lucha, reunió á los oficiales que estaban más próximos, entre los que se encontraba el teniente de navío de primera, D. Enrique Capriles y, previa la consulta de si había alguno que creyera podía hacerse algo más en defensa de la Patria y del honor de la misma, mandó arriar y quemar la valiosa bandera, regalo de la Diputación de Bilbao, y sustituirla por la otra que se mantuvo enhiesta hasta que las llamas dieron con ella igual fin que las de sus desgraciados compañeros.

A las doce y quince de la mañana y bajo un fuego nutridísimo del enemigo, quedaron embarrancados sobre la costa los restos del que fué *Vizcaya*.

Con esta nueva pérdida, nuestro poderío naval quedó reducido al *Colón*, cuyas fuertes corazas lo protegieron de los fuegos enemigos, que no pudieron hacer en él más que ligeras averías, causando en la

dotación un muerto y veinticinco heridos.

Su mucho andar le permitió al poco tiempo salirse fuera de tiro del enemigo, batiéndose su dotación con el mismo denuedo y arrojo que las de los demás buques y esta ventaja, que tal vez hubiera permitido la salvación del barco, resultó inútil porque la desgracia, que hasta el último momento no dejó de perseguirnos, hizo que la presión en las calderas—efecto, sin duda, del mal carbón que después del escogido empezó á quemarse—disminuyera rápidamente perdiendo el andar y viéndose alcanzado por el *Brooklyn*, el *Oregon* y el *New-York*, dejando ver claramente la necesidad de los cañones de gran calibre—que en él faltaban—para contestar al segundo de los referidos acorazados que rompió el fuego con su gruesa artillería. En vista de esto, de acuerdo su Comandante D. Emilio Díaz Moreu con el segundo Jefe de la escuadra, General D. José Paredes, sin la intervención de Jefes ni

Oficiales, por no creer conveniente distraer á ninguno de sus respectivos puestos, tanto por la pérdida de tiempo que esta operación implicaba, dada la disposición especial de las escotillas, como por no perder la ocasión de hacer fuego hasta el último momento y con el fin de evitar llegase el de ser apresados, resolvieron embarrancar y perder el buque y no sacrificar estérilmente las vidas de los que se habían batido con tanto heroísmo, serenidad y disciplina, y así se hizo rumbo al río Tarquino, en cuya playa quedó el último pedazo de la patria que constituyó la escuadra de Cervera.

\*  
\* \*

El salvamento de los supervivientes de nuestros tres cruceros, tipo *Teresa*, tuvo que hacerse á nado por ser imposible disponer de los botes, en su mayoría inutilizados por los proyectiles enemigos, y aque-





llos de que pudo hacerse uso se dedicaron con preferencia á la conduc-

ción de heridos, muchos de los cuales ganaron tierra con el auxilio de buenos nadadores, llevándose estas operaciones á cabo con admirable orden en medio del imponente espectáculo que presentaban nuestros desgraciados barcos, envueltos en grandes llamas y dejando escuchar las continuas explosiones de los repuestos de proyectiles que aquellas iban alcanzado.

Los americanos enviaron sus botes y condujeron á bordo de sus acorazados y

hospitales, prisioneros y heridos, incluso los que cayeron en poder de los insurrectos cubanos, que fueron reclamados. El incendio continuó, y á las primeras detonaciones sucedieron otras mayores, producidas por la voladura de los pañoles de pólvora que no pudieron ser inundados; los pedazos de barco saltaban por los aires, hierros enormes que la industria labró para dar fuerza y sostén á la estructura naval de los mismos, rompieron sus ligaduras para caer en el fondo con horrible estrépito, y los palos de acero y grandes cofas cerraron al derrumbarse con sordo ruido el inmenso sarcófago, donde en conjunto ardían maderas y restos humanos, cuyo lúgubre incienso perfumaba la patria que se retiraba de aquellas costas y cuyos resplandores alumbraron el crepúsculo con que aquel alegre sol de la mañana se despedía tristemente.

LA PRIMERA COMUNIÓN  
Y UN EPISODIO HISTÓRICO EMOCIONANTE

---

**R**ESPETANDO los gustos ajenos aspiro á justificar los propios.

Cuando mis hijos hacen la primera Comuni6n visten siempre el traje de marinero blanco, con las vueltas del cuello y puños azules, y adem6s ostentan sobre su pecho, suspendida por una cadenita de plata oxidada ya por el tiempo, una peque6a bolsa de seda, primorosamente bordada por su madre, dentro de la cual se encie-

rran como adoradas reliquias un escapulario de la Virgen del Carmen y unas medallas, cuyo recuerdo para mí constituye un episodio de mi vida militar.

¿Por qué coloco en este día sobre el pecho de mis hijos tal joya? ¿Qué misterio encierra el contenido de la bolsita? Voy á referirlo.

\*  
\* \*

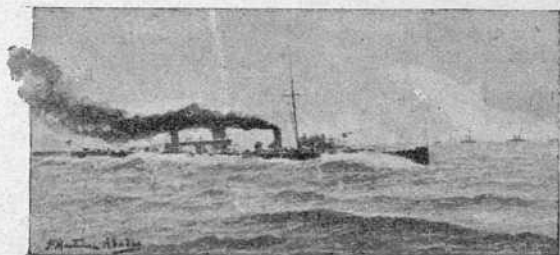
Era el 2 de Julio de 1898. Servía yo á las órdenes de mi inolvidable jefe D. Fernando Villaamil, como ayudante secretario, y era fecha memorable, puesto que la escuadra encerrada en Santiago de Cuba había recibido la orden terminante de abandonar aquellas aguas y salir á la lucha con la americana, muy superior en número y poder.

El telegrama puesto por el capitán general á nuestro almirante era terminante, y decía así:

*«En vista estado apurado y grave de esa plaza que me participa Toral, embarque vucencia con la mayor premura tropas desembarcadas de la escuadra y salga con ésta inmediatamente. —Blanco.»*

Todo el mundo sabía, de capitán á paje, esto es, desde el Almirante al último marinero, el resultado de la batalla, y, por lo tanto, á nadie podía ocultársele la imposibilidad de la victoria que España exigía de sus hijos á bordo de la escuadra de Cervera, y como cuando llegan estas circunstancias todo el mundo piensa en el *más allá*, cada cual se recoge en sí mismo, y ante su imaginación desfila el pasado, que se analiza por una necesidad irresistible, para abdicar de nuestros errores, para buscar el perdón de nuestras culpas, para encontrar en ese incógnito más de lo desconocido, el último asidero que nos conduzca á la posesión de nuestra mayor y eterna felicidad.

Yo pedí á mi Virgen, la Virgen del Car-



men, dos cosas que fueron: la primera, que mi espíritu no flaquease en el combate, y la segunda, que si moría en la lucha me acogiese con cariño en su santo seno.

Besé las reliquias que sobre mi pecho descansaban, y recitando una salve quedé profundamente dormido...

.....

Amaneció un día espléndido con todas las galas que pueden adornar una muerte gloriosa; mucha luz, hermoso sol, y un ambiente de pureza que forma, por decirlo así, la aureola del mártir:

La hora había llegado; los buques de la escuadra se ponen en movimiento. El combate empieza. La sangre corre bien pronto

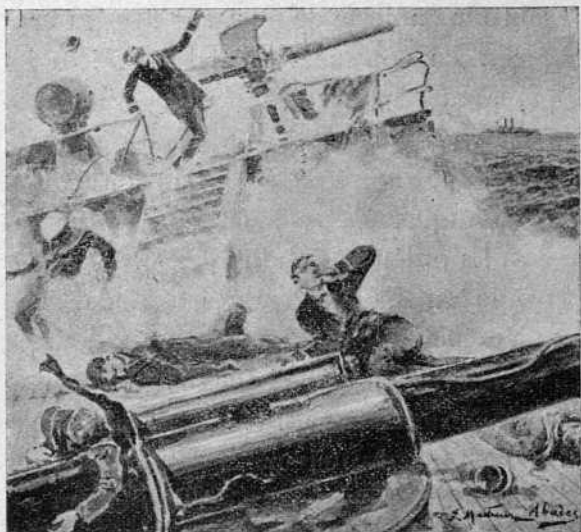
sobre la cubierta de nuestros débiles cruceros. La consumación del sacrificio ha empezado, y hermosas vidas ahitas de ideales mundanos, pasan llenas de entusiasmo por la gloria á la mansión divina.

Mi buque, el *Furor*, ocupa el último lugar. La orden es terminante, «proa al centro de la línea enemiga y á toda marcha».

No bien aparecemos fuera de la boca del puerto, arrecia el fuego del enemigo sobre nosotros, cuyos efectos se dejan sentir bien pronto, dejando nuestro destroyer inútil para el combate y sembrando su cubierta y sollados de víctimas, sirviendo de blanco á los americanos, que concentran su fuego sobre él.

Villaamil da la orden de abandono del barco, y es preciso que aquellos que lo intentan lo hagan á nado, por hallarse los pequeños botes destrozados.

Aún entran dos proyectiles más en la cámara de calderas, que, reventando sus tubos, producen escapes de vapor, cuyo



ruido semejaba el último estertor de una fiera agonía.

Villaamil y yo nos dirigimos á la escala que daba acceso á la plataforma de proa, sin que á ninguno de los dos se ocurriera abandonar aquel pedazo de nuestra desgraciada Patria.

Próximo á nosotros camina el fogonero Tomás Manzanares. Una granada enemiga



estalla entre los tres, y todos somos lanzados al aire por la formidable explosión.

.....

.....

Una vivísima luz que cierra mis ojos instantáneamente, un fuerte olor á gases que penetran abrasando mis vías respiratorias, una sensación de vacío como la del que cae de una gran altura y una pérdida absoluta de la realidad, tales fueron las impresiones recibidas por mí en el momento de la explosión.

Vuelvo paulatinamente á la vida, y en ese estado de medio anestesia é inconsciencia, mi cerebro se desdobra y corre por él, como cinta cinematográfica, una porción de recuerdos que muchos son de una antigüedad que se remonta á los primeros años, y especialmente uno que se fija en mi memoria con asombrosa tenacidad, y es la imagen de Nuestra Señora del Carmen que se aproxima hacia mí adelantando al niño que en sus brazos lleva y que alarga sus

manitas y entre ellas oprime mis sienes.

Ya estoy otra vez en la vida real; mi mano izquierda oprime con ansia infinita las reliquias que penden de mi pecho, mi brazo derecho carece de movimiento, mis piernas se niegan á obedecerme. Soy un pedazo de carne deshecho.

¿Qué ha sido de Villaamil, qué de Tomás Manzanares?

Quiero ver; pero mis ojos abrasados me lo impiden. Procuro distender los párpados con los dedos, y ¡horror!, á mi izquierda yace Manzanares con el pecho destrozado y ardiendo como fúnebre lámpara cineraria.

De la plataforma de proa baja un verdadero torrente sanguinolento. Allí estaba Villaamil.

Besé mis reliquias y pedí á mi Virgen por los muertos y por mí.

.....  
.....  
.....

Recogido por los americanos, se contaron en mi cuerpo hasta once heridas, que exigieron cuarenta y cinco puntos de sutura y que, al decir de la ciencia, ponían mi vida en peligro inminente; y sin embargo de tal pronóstico y de la admiración general que produjo mi curación franca, como ejemplo de la antisepsia moderna sobre una naturaleza fuerte y vigorosa, yo señalo por mi parte, para opinión de crédulos é incrédulos, que desde el momento en que caí herido, y con toda la fe de mi alma, invoqué el santo nombre de la Madre de Dios, no sentí ni un solo dolor ni experimenté el más pequeño miedo á un fatal resultado. Sabía muy bien, porque así me lo dictaba mi espíritu, que viviría contra toda opinión facultativa. Que nadie sabe mejor que uno mismo cuándo llega el momento de morir.

.....  
.....  
.....

Regresé á España, y guardé con inmenso cariño aquellas joyas que sobre mi pecho llevaba cubiertas con las manchas de que mi sangre las tiñera y envueltas en la bolsita son las que en el día de la primera Comuni6n penden del pecho de mis hijos, *Domus aurea* de la inocencia y altar sublime sobre el cual rindo el homenaje de la gratitud y el recuerdo á mi Virgen del alma, mi Virgen del Carmen. Y en un rinconcito de la iglesia, al contemplar la majestad del espectáculo, siento correr por mis mejillas unas lágrimas temblorosas que me recuerdan aquel día memorable en que rendí mi espíritu á la Santa Virgen y entregué al sacrificio, por mi Patria, pedazos de mi cuerpo.

## TRAGEDIA HISTÓRICA

Era el día 3 de Julio de 1898, día fatal en que frente á Santiago de Cuba fué destruída la escuadra española, por la muy superior en poder norteamericana. Yo asistí á esta tragedia como ayudante secretario del inolvidable D. Fernando Villaamil.

En el mismo buque—cazatorpedero *Furor*—venía conmigo el entonces Alférez de navío D. José Noval de Celis.

Aquel combate fué para él bautismo de fuego, y al propio tiempo principio de una carrera en la que había puesto todas sus



ilusiones; ilusiones de una juventud llena de esperanzas en que el horizonte de la vida aparecía despejado de toda neblina, y el oxígeno de la pureza nos invita á respirar con ansia, el ambiente de nuestras aspiraciones más legítimas.

La batalla empieza y el poder de la escuadra enemiga se hace sentir bien pronto á bordo de nuestro débil barco.

Una granada que estalla en la cámara de máquinas impide la estancia del personal en ella, que se ve obligado á abandonarla por un escape de vapor que les asfixia, quedando en funcionamiento aquella que no fué herida por el proyectil.

Continúa el desastre con otros nuevos disparos del enemigo que sobre cortar el gobierno del buque provocan el incendio y desmontan la débil artillería que nos sirve de defensa.

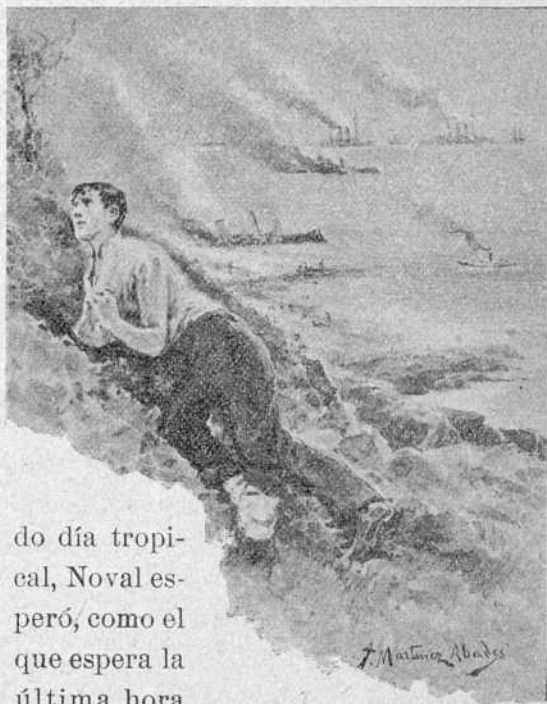
Villaamil da la orden de abandono del buque, próximo á su voladura, y Noval se arroja al agua para ganar la costa á nado.

Noval siente un fuerte golpe en su pie derecho, que le produce de momento un intenso dolor; pero tranquilo, sin preocuparse de lo que haya podido ser, oprime su chaleco salvavidas, sigue nadando en demanda de la tierra salvadora.

Al llegar, y al querer salvar las accesibles escabrosidades de su orilla, Noval se apercibe de la falta absoluta de su pie derecho, cortado á cercén por la pala de la hélice que le alcanzó.

Sin embargo, esa primera insensibilidad producida por los grandes traumatismos, le prestan energía para ponerse en tierra, y entonces es cuando empiezan para el joven oficial las torturas más amargas. La una, por lo que respectaba á su situación; la otra, por lo que se refería á su porvenir.

Sólo, abandonado, sin encontrar medio de marchar por aquellos abruptos caminos, que pudieran conducirle á Santiago de Cuba, ante la bárbara herida que le postraba y el sofocante calor de un espléndi-



do día tropical, Noval esperó, como el que espera la última hora

de su vida, á que la fortuna le favoreciese con el paso de alguna persona que pudiera auxiliarle.

.....

.....



La hemorragia, detenida quizás por la salobridad del agua del mar, quizás por el mismo traumatismo de la rudeza del golpe, adquiere por momentos intensidad alarmante, al mismo tiempo que los dolores van en aumento, provocando momentos en que Noval pierde la noción de las cosas y cae presa del más absoluto abatimiento.

Sin embargo, la fortaleza de una juventud vigorosa da ánimos á Noval, y arrancando jirones de su camisa y ayudándolos con la correa que rodea su cintura, forma una ligadura que contiene la salida de la sangre, y rendido por el dolor espera siempre. ¿Por qué? ¿Qué hay en Noval que fortalece su espíritu, que le hace huir de una diabólica desesperación? Oído, oídselo á él mismo, y oídselo en aquellas horas amargas en que juntos en el mismo cuarto del Hospital de Norfolk, heridos y prisioneros, nos comunicábamos mutuamente nuestras tristezas y nuestros desencuentros.

—Pancho, me decía, no puedes imaginarte la angustia de aquellos instantes en que el dolor y el abandono me hacían pensar en lo que pudiera ser de mí. A mi mente acudió la idea de morir en la mayor soledad en un plazo de tiempo muy corto, y recé, recé mucho á nuestra abogada la Santa Virgen del Carmen, y cosa extraordinaria, vi como desfilaban por delante de mis ojos todas aquellas personas de mi mayor cariño, mis padres, mis hermanos, hasta la adorada imagen de la que ha de ser—hoy lo es—la felicidad de mi vida.

¡Si vieras cómo esta visión fortalecía mi espíritu y cómo aliviaba mis pesadumbres!

A pesar del tiempo que permanecía cara á aquel sol que me abrasaba, y envuelto en el enjambre de moscas que me acosaban con sus tenues y molestas picaduras, y de los intensos dolores cuyos latigazos llegaban á trastornarme, sentía el consuelo infinito de una esperanza que no me abandonaba, antes bien crecía á medida que el sol, después

*de cruzar el meridiano, comenzaba su marcha descendente hacia el ocaso.*

.....

.....

A las diez próximamente de la mañana, Noval había llegado á tierra, y á las dos de la tarde aparecieron dos individuos, no marineros, de las clases contratadas en nuestros buques de guerra, que caminaban hacia Santiago de Cuba, libres de la persecución de insurrectos y americanos, y procedentes de uno de nuestros buques varado sobre la costa.

Noval les llamó y les suplicó que le llevasen con ellos, por hallarse imposibilitado de poder hacerlo por su pie.

La barbarie y el egoísmo, que hallan campo suficiente para su pernicioso desarrollo en la guerra, encontró en aquella ocasión un momento para manifestarse en aquellos dos desalmados; y al acercarse á Noval y ver la importancia de su herida, exclamó uno de ellos:

—Mire usted, mi oficial; usted está muy malo, y para lo que va usted á durar, lo mismo da que se muera usted aquí que un poco más adelante. Nosotros tenemos mucha prisa.

Y se fueron, dejando á Noval abandonado á su propia suerte.

Próximamente á las cinco de la tarde tres marineros del *Vizcaya* aparecen, ven al oficial y se dirigen á él.

—No abandonarme—les dice Noval.

—Nadie ha pensado en ello—le contestaron á coro aquellas tres almas grandes; —lo que de usted sea será de nosotros.

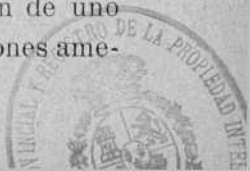
Y la libertad, próxima á consumarse de aquellos tres seres es sacrificada en holocausto de la caridad y de la más heroica disciplina.

\*  
\* \*

Es la caída de la tarde, cuando aún los americanos envían sus botes para recoger de la costa heridos y prisioneros.



Nuestros tres marineros procuran por todos los medios que Noval sea recogido; pero para eso precisa que vayan de uno en uno al aviso de las embarcaciones ame-



ricanas, bastante distanciadas del lugar en que se encuentran.

Los dos primeros fueron recogidos por los americanos y conducidos á bordo de sus buques, por no entender lo que ellos querían expresarles.

Más diestro el tercero, haciéndoles señales y sin aproximarse á ellos, logró atraer al sitio donde se hallaba Noval, un grupo de aquéllos, compuesto de dos marineros y un guardia marina, los cuales procuraron á nuestro oficial todo género de consuelos y ofrecieron sus auxilios.

Uno de aquellos americanos tuvo á Noval á horcajadas sobre los hombros, y marchó hacia el bote. Para llegar á él era preciso atravesar un sitio de la costa donde el peligro de la rompiente era grande. Antes de acometer tal empresa, el marinero conductor del mutilado cuerpo de Noval se dirigió á éste, y en ingles le dijo:

—*Rece usted, mi oficial.*

Noval llega á bordo del acorazado norteamericano *Indiana*, y sobre la mesa de operaciones de su enfermería yace esperando que la ciencia perfeccione lo que la hélice había hecho con tanta irregularidad.

Le es aplicado el cloroformo; pero su estado de debilidad es tan grande, que el anestésico compromete su vida, y es preciso suspenderlo.

Noval vuelve á la vida: ¡pero en qué momento!, cuando la sierra con su lúgubre chirriar, hiende el hueso que es preciso cortar. ¡Qué me hacen, exclama!

Noval observa que encima de la mesa á la que le sujeta un potente torniquete, hay una lumbreira, donde en conjunto curioso se aglomera parte de la dotación del buque enemigo, y desde aquel momento ni la más ligera queja emanó de sus labios.

Ya está próxima la terminación de la operación; pero el hueso resulta largo, y es preciso proceder á otra nueva, que No-

val resiste con la misma entereza, con el mismo ánimo.

Tal fué el final de la odisea de este oficial de nuestra Armada. Así fué su conducta, que elogiaron los periódicos americanos, y tal me la refirió en nuestro cautiverio del Hospital de Norfolk, en aquellas horas grises de la tarde que precedían á un santo rosario, guiado con sagrada unción por las Hermanas de la Caridad, que el Gobierno americano autorizó para nuestro cuidado, y que servía de fortificador de nuestras almas y de plácido descanso para nuestros cuerpos mutilados en honor de España y su bandera.





## LAS GUERRAS MARÍTIMAS DEL PORVENIR

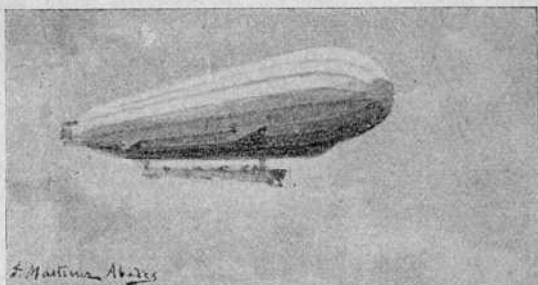
---

Desde que la navegación aérea marcha con gigantescos pasos á una definitiva solución, bien con los dirigibles, bien con los aereoplanos, la preocupación se hace dueña de las grandes naciones, ante la verdadera revolución que para el arte guerrero supone la perfección de aparatos que, destinados á la guerra, han de constituir un verdadero peligro en el porvenir para los modernos medios de defensa, en cuya aplicación y efectos han de introducir notables trastornos.

No bien nacidos los elementos primeros de la aviación, ocúpense las naciones en buscar los medios de destruirlos, y Alemania, Austria y Estados Unidos, principalmente, construyen y prueban cañones apropiados con el fin de poder poner coto á la más remota idea de aplicación guerrera, de cualquier clase de aparato volador.

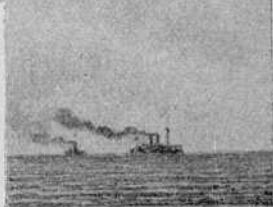
Este mismo deseo de anular la potencia de la mecánica aérea antes de hacerse pruebas de sus aplicaciones en el arte de la guerra, implica el temor de su influencia definitiva en el combate moderno.

Y así es, efectivamente, pues prescindiendo por hoy de lo que con el ejército se relaciona, y refiriéndonos solamente á la estrategia y táctica naval presente, la aplicación del dirigible ó aereoplano introducirá reformas esenciales de tal género, que cambien por completo la constitución de los organismos navales modernos, llegando quizás en alguna época á ser completamente anulados en su poder por



la lucha del submarino y el enemigo aéreo.

El dirigible por hoy, y dado su actual desarrollo científico, tiene una gran aplicación en la guerra naval como elemento inspeccionador de las escuadras enemigas, por cuanto que, por su elevación, marcha y tiempo que puede mantenerse en el aire, ha de ser el aviso de escuadra más perfecto para cumplir con la importante misión de vigilar los movimientos de los buques que las formen, sus posiciones, su poder ofensivo, representado por el número y



calidad de los reunidos en un momento dado, dando de este modo la elección del ataque ó la marcha estratégica para rehuir el encuentro.

Si el almirante ruso hubiera dispuesto de un elemento como el dirigible, que le hubiera podido indicar con precisión las posiciones de la escuadra japonesa en Tsoushima, quizás el fracaso no hubiera revestido los caracteres de desastre que arruinó el poder naval del Imperio moscovita dando la victoria definitiva á los nipones.

No es solamente la vigilancia la única y definitiva aplicación del organismo volante; existe otra de mayor interés, y que si no anulará, por lo menos rebajará en muchos grados la eficacia de un arma que, por su traidor ataque, es peligro grande para los buques en la mar. El submarino.

Sabido es que el éxito en el empleo de esta clase de buques depende esencialmen-

te de su invisibilidad, y que, una vez descubiertos, y conocida su dirección de marcha, sus efectos podrán ser anulados, bien por una maniobra del buque atacado, ó bien por la destrucción del barco por los medios hoy conocidos del torpedo, ó aquellos que la ciencia naval vaya descubriendo con el mismo fin.

Ahora bien; ¿podrán servir el dirigible ó aeroplano para cumplir esta finalidad? Las ascensiones múltiples, verificadas por diversos aeronautas demuestran, de una manera evidente que al encontrarse á determinada altura sobre la superficie de los mares, se percibe claramente el fondo de los mismos en algunos metros de profundidad, los suficientes para darse cuenta de la presencia de cualquier objeto, que como el submarino ó sumergible, por su tamaño, han de hacerse claramente visibles.

Este fenómeno óptico producido por la normalidad con que hieren la vista las ca-

pas de agua situadas bajo el observador, no es modificado por la agitación de la superficie, y por lo tanto, en nada perjudican las olas del mar, á los que atentos investiguen la presencia del enemigo oculto.

Descubierto el submarino ó sumergible, el centinela aéreo parte veloz, pues su marcha le permite ganar ventaja á su contrario y con el aviso oportuno, el buque atacado maniobra convenientemente, bastando desviarse de la dirección del submarino para hacer fracasar el éxito de tan poderosa arma.

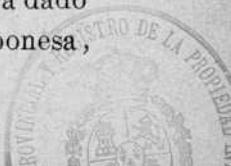
Respecto á los medios de que un agente aéreo pueda disponer para por sí propio destruir este género de armas invisibles para el atacado, daremos luego una ligera idea, partiendo siempre de la hipótesis, puesto que hasta ahora no se han hecho experiencias que puedan justificar conclusiones definitivas.

Otras muchas aplicaciones como vigilante avanzado y medio de comunicación,

podrían citarse en las aplicaciones de los citados elementos para auxiliares de las escuadras, pero entre todos está en lugar preferente, el que se refiere á una flota bloqueada.

Si por contingencias de una guerra, una escuadra, parte del poder naval de una nación, se viera bloqueada por un enemigo superior, es evidente que la única solución que puede tener para su salvamento, es ponerse en comunicación con los otros elementos navales, con cuyo auxilio, convenientemente preparado y combinado su movimiento, ponga en libertad lo que seguramente sería dominio del enemigo.

Recordemos la heroica salida de la escuadra rusa al mando de su Almirante Waitgëft, cuando deseoso de unir sus fuerzas con la división Wladivostok, perece en la lucha sin resultado práctico alguno, cuando quizás un medio de comunicación con sus buques del Norte, le hubiera dado una victoria sobre la escuadra japonesa,



reuniendo el total de sus buques en acción lo que, comprobado después, hubiera provocado la retirada de la escuadra de Togo falta de municiones.

Es indudable, pues, el éxito grandioso que con el tiempo alcanzará cualquier clase de máquina aérea, como vigilante y observador de los movimientos del enemigo, conocimiento fundamental para el desarrollo de la estrategia y táctica modernas. Veamos ahora el porvenir de éstos como arma de ataque en lo futuro.

\*  
\* \*

Para el estudio del dirigible como arma de combate, precisa antes que nada conocer la cantidad que en peso de proyectiles puede llevar, suponiendo una altura de elevación por lo menos de 1.000 metros, con el fin de darle las mayores garantías de invulnerabilidad.

Tomando como tipo el *Lebaudy* francés, y para un recorrido de 60 kilómetros en



condiciones normales de la atmósfera, tendremos: que puede elevar sin gran esfuerzo tres pasajeros, más 700 kilogramos de peso, en lastre, pertrechos ú otros artículos.

Ahora bien; para su elevación á 1.000 metros, necesita arrojar 250 kilogramos de lastre, más 30 kilogramos por hora que pueden calcularse necesarios para las maniobras del dirigible durante las dos escasas que debe tardar en el recorrido de los 60 kilómetros, sumemos 40 más para cubrir imprevistos y maniobras de aterramiento, añadamos 50 kilogramos de esencia para el motor, y en total resultarán 400 kilogramos, quedando, por lo tanto, un remanente de 300 kilogramos para emplearlos en elementos explosivos para el ataque.

Claro es que cada desprendimiento de un proyectil originará un desequilibrio en el globo, que será compensado en parte por los 60 kilos de lastre dispuestos para

maniobras, que dejará de arrojarse, ó, en caso necesario, por una salida de gas proporcional al peso del proyectil desprendido, ó aumento de fuerza ascensional correspondiente. Esto puede originar un movimiento ondulatorio de arriba á abajo en el dirigible, que en nada alterará su marcha normal.

Veamos ahora qué condiciones ha de satisfacer el proyectil del que como arma ha de servirse el dirigible.

El proyectil ordinario de nuestra artillería ha de satisfacer á unas condiciones de densidad que originan una desproporción grande entre el peso de la envuelta y su carga.

Así, por ejemplo, el proyectil del obús francés de melinita de 130, pesa 20,359 kilogramos y contiene tan sólo 4,500 kilogramos de carga, ó sea un rendimiento de un 22 por 100.

Esto se explica, porque la contextura y resistencia del proyectil ha de obedecer á

las presiones que exteriormente ha de sufrir por efecto del ataque de los explosivos, resistencia del rayado, etc., de la pieza de artillería que le pone en movimiento.

El proyectil aéreo no necesita de tales condiciones, puesto que lanzado á mano ó por mecanismo que lo deje libre á su propio peso, descenderá con arreglo á la caída de los cuerpos graves, sin otra resistencia que la que la atmósfera vaya oponiendo al aumento progresivo de velocidad, la cual es muy pequeña.

Bastará, por lo tanto, una ligera envuelta que encierre una carga determinada de explosivo para obtener un medio de ataque, cuyos efectos serán consecuencia del punto donde el choque se verifique.

Tratar de perforar con este proyectil aquello que se encuentre defendido para el ataque vertical, es tiempo perdido, pues estos proyectiles sin lanzamiento primario de energía, dejados á su propio peso y aún suponiendo la altura de 1.000 metros,



nunca llegarán con la suficiente fuerza viva para poder taladrar débiles obstáculos.

Su misión en la guerra de esta clase de armas será quizás más moral que efectiva; pero es evidente que si ellos por sí propios no podrán ser en definitiva causantes directos de grandes desastres, contribuirán de tal modo á la oscilación y al pánico de las dotaciones de los buques, que bastarán para ponerlos en condiciones de ser destruidos impunemente por el enemigo.

Otra cosa es la lucha que puede entablarse entre un dirigible ó aeroplano y un submarino; en ésta, la ventaja es indudablemente del aparato volador.

La destrucción del submarino ha de hacerse por medio del torpedo, y este mecanismo no necesita fuertes envueltas, basta con hacerlo explotar á determinada profundidad para que el lanzamiento de la columna líquida contra las débiles paredes del casco de la embarcación logren rom-

perlas, provocando la entrada torrencial del agua en el interior y arrastrando al fondo del mar la terrible arma de combate.

Bastará para esto que una vez descubierto el submarino ó sumergible, sea seguido por el aparato volador que puede lanzar desde la altura un torpedo de formas convenientes y provisto de dos espoletas: una de percusión, que al chocar con el agua ponga en juego otra de tiempo, que convenientemente preparada haga explotar la carga á una profundidad determinada, ó bien una sola que actúe por presión al llegar á la profundidad que se desea.

Esto que decimos respecto á los submarinos, quizá sea la principal aplicación para con todos los buques, pues sabido es que la vulnerabilidad de los más potentes acorazados está en sus fondos.

En definitiva, podemos decir que la introducción de los mecanismos aéreos como armas de guerra, contrario á lo signado

en el convenio de La Haya de 1899, traerá grandísimos trastornos, como dijimos al comienzo de este modesto trabajo, pero quién sabe si será también agente poderoso que al completar la destrucción en la guerra, haga volver á la humanidad sobre sí misma, para pensar en lo descabellado de mutuas carnicerías, y llevar á cabo la obra redentora que se encierre en este principio: «Los buques, para la lucha con los mares; los hombres, para vencer con el trabajo».







## *La juventud y el heroísmo*

---

Cuando la abnegación y el valor se residencian en las almas juveniles, son como las plantas cuando encuentran para su desarrollo tierras vírgenes y lozanas que las alimenten. Sus flores alcanzan los más intensos matices de color, su aroma la fragancia más exquisita, y su tamaño adquiere las dimensiones más sorprendentes.

La pureza del espíritu, como la fertilidad del suelo, son elementos de una perfecta comparación, porque si el uno nutre el árbol que nos suministra los productos

más sabrosos, la otra nos proporciona el más grande, el máspreciado de todos los frutos; el sentimiento.

Saber sentir; saber estampar en nuestras almas la impresión dulce y cariñosa por la desgracia ajena; saber hermanar el afecto y el cariño hacia las personas ó cosas, sean como sean, por el mero hecho de ser obra de Dios; desconocer el odio y perdonar sin condiciones, tales son las bases fundamentales de un buen sentimiento, tales son las que adornan á la juventud en los primeros años de su existencia.

Por esto, los hechos realizados en ciertas edades, primeras de la vida, nos admiran más, nos conmueven más y hieren con mayor fuerza las fibras de nuestro sentir. Las caricias del niño inocente impregnan el alma del más delicioso de los placeres, en cambio la baba de la adulación, la más peligrosa de las caricias, nos repugna y nos incita al desprecio.

He dicho todo esto porque el hecho que

he de narraros ejecutado por un joven guardia marina, es quizás uno de los que más emoción han producido en mi vida.

Vamos al caso.

\*  
\* \*

A bordo de uno de nuestros cruceros y el día ya citado de nuestro desgraciado combate naval de Santiago de Cuba, se encontraba embarcado el guardia marina D. Enrique Saralegui, joven, casi un niño, pero que dentro de su pequeño cuerpo encerraba el alma templada del hombre más valeroso.

Dirigía las faenas, á él encomendadas, con la tranquilidad del hombre más ducho en artes de la guerra, en medio del fuego de nuestro poderoso enemigo, cuyos efectos se hacían sentir, sembrando la muerte y la destrucción en las cubiertas de nuestro débil buque.

Saralegui, á pesar del sangriento espectáculo, que por primera vez presencia



en su tierna edad, sigue con estoica presencia de ánimo los sucesos y espera firme en su puesto el resultado de la batalla.

Con exquisita solicitud atiende á todos; consolando á los heridos, cerrando con amoroso cuidado los ojos del muerto, y alentando con su presencia de ánimo á los que restan á su lado, últimos supervivientes de una lucha desesperada.

Una granada explota, y sus traidores cascacos cortan á cercen las dos piernas del guardia marina.

Un grito de dolor se escapa del pecho de aquel joven que así rinde á la Patria el tributo de su amor por ella.

Los marineros á su servicio acuden solícitos y colocan dos compresores que detienen la hemorragia de las heridas, y después de embalsado, desciende por las escotillas á la enfermería baja de combate el mutilado cuerpo de aquel niño, cuyo comportamiento había sido digno de la admiración de todos.

Al entrar en aquel lugar fué reconocido por el médico, el cual, después de un detenido examen, mandó á uno de sus servidores en busca del padre Capellán.

Tan pronto como éste se presentó, le dijo el primero: «Padre, encárguese de ese joven herido, porque auxilios de alma le serán necesarios, que los de la ciencia, desgraciadamente, son ineficaces.»

El buen sacerdote se dirige hacia Saralegui, y éste al verlo llegar le dijo: «Sé lo que me ocurre. He de morir, pero no me importa, pierdo esta vida con gusto, porque la doy por mi Patria.

Unicamente lamento de todo corazón la pérdida de este buque, defendido por todos con valor y cariño incalculables, pero que al fin ha de ser destruído por el aplastante poder de nuestros enemigos.»

Dos lágrimas corrieron por las mejillas de Saralegui, preciosas perlas, desprendidas de aquel alma tan grande encerrada en un cuerpo tan pequeño.

Su auxiliador espiritual conmovido ante tan gran presencia de ánimo, y comprendiendo la inminencia del peligro de aquella vida que amenazaba apagarse de un momento á otro, hizo alguna observación al guardia marina en el sentido de prepararse á bien morir, y Saralegui, con la misma entereza demostrada en anteriores circunstancias contestó: «No deseo otra cosa, quiero purificar mi alma para acudir limpio de falta á la presencia del Señor, que espero será dentro de muy breve espacio de tiempo.

.....  
.....  
.....

El estampido de los cañones que aún quedan útiles á bordo de nuestro crucero se mezcla con el que producen las granadas enemigas al estallar dentro de nuestro buque, y que siembran la muerte y el dolor por sus cubiertas, derramando la sangre de los que la defienden con entu-

siasmo grande, con todo aquel que puede prestarles el más exaltado amor á España.

El ruido de las máquinas funcionando á toda velocidad. Los gritos de angustia de los que caen hechos pedazos y los ¡ayes! de los heridos, todo ello mezclado con el zumbido de los ascensores que aún quedan servibles para la conducción de proyectiles, y las voces de mando, que se suceden á cada avería que el enemigo causa en nuestro débil crucero, dan á éste el aspecto de aquella actividad infernal que nos pintó el Dante.

Allá abajo, en un rincón de la enfermería de combate, un dulce murmullo se hace sentir, murmullo tierno y delicado producido por la voz débil y apagada de un ser cuya existencia toca á su fin.

Saralegui confiesa. Saralegui pide con verdadero arrepentimiento el perdón de sus culpas, como lo hicimos todo en los momentos críticos de la vida en que hemos creído perderla.



El sacerdote le da su absolución y con santas oraciones encomienda á Dios aquel alma purificada doblemente, por el perdón y el sacrificio.

Saralegui desfallece por momentos, pero aún le restan energías, y tratando de incorporarse dice al sacerdote: «Padre, me faltan las fuerzas, hágame el favor de sacar de mi pecho el santo escapulario de la Virgen del Carmen, y démelo á besar. Fué puesto aquí por mis queridos padres, á quienes suplico diga que muero contento y que mi último pensamiento es para ellos.»

Intensa palidez cubre el semblante de Saralegui. Sus ojos — como atraídos por fuerza irresistible— se hunden en sus órbitas y por sus entreabiertos párpados, la fijeza cristalina de su mirada acusa el primer momento de la agonía. Sus brazos buscan en el aire algún asidero, y como deseo cumplido encuentran las manos de su compañero espiritual, el buen sacerdote, y ha-





ciendo un último esfuerzo, trata de incorporarse y con frase entrecortada y débil le dice: ¡PADRE, CREE USTED QUE HE CUMPLIDO CON MI DEBER!...

Hermosa frase, última despedida de

aquel niño que al entregar su alma á Dios, limpia de toda mancha, aún dudaba sobre su heroico comportamiento. ¡Santa modestia que acompañó siempre á los que por fe y amor á la Patria sacrificaron la vida en su holocausto.

\*  
\*\*

Nuestro crucero fué destruído. La masa de acero, desguazada por las explosiones de sus pañoles de pólvora constituyó un inmenso féretro de hierros detormados y planchas retorcidas, lúgubres sombras que se destacaban entre las llamas del incendio, en cuyo seno quedó cobijado el mutilado cuerpo de nuestro héroe, cuya ejemplar conducta debe servir de guía á nuestra juventud venidera, y al mismo tiempo no deben olvidar los que escriban nuestra historia, para grabar en ella con letras de oro el nombre de aquel guardia marina.

## Vencedores y vencidos.

---

**N**o podía pasar inadvertida para los americanos la inmensa superioridad de sus fuerzas respecto de las nuestras en una lucha tan desigual como inútil, ni ocultárseles lo que en cuanto á disciplina y abnegación representaba nuestra imprudente salida, así como dejar de impresionar el ánimo de aquellos, el espectáculo aterrador producido por sus proyectiles en nuestros buques, cuyos destruídos restos ponían de manifiesto su debilidad; no era posible que despertara en ellos todas las alegrías de la victoria la contemplación de un enemigo al que no fué factible hallar en el combate

ni la más pequeña compensación de su derrota y así, reconocidas y unidas; todas estas observaciones, hicieron nacer en el corazón de nuestros vencedores tal espíritu de admiración y respeto hacia los vencidos, que desde un principio dieron muestras de una generosidad é hidalguía con los prisioneros, como quizás no se registren iguales en la historia de las guerras.

En todos los barcos á donde fueron conducidas nuestra oficialidad y marinería, se suprimieron los vítores y manifestaciones de júbilo que pudieran herirnos en nuestra honda amargura, haciéndonos objeto de las más entusiastas felicitaciones por nuestro comportamiento en la acción y desprendiéndose con sin igual generosidad, no solamente de aquellos artículos, propiedad del Estado, que nos fueron necesarios, sino también de los de su particular posesión que á porfía se esforzaban en darnos.

Nuestro almirante fué recibido con todos los honores que á su gerarquía correspondían, y al comandante del *Vizcaya*, señor Eulate, le hicieron conservar sus armas de las que el comandante del *Iowa*, buque al que fué conducido, no quiso despojarle para que las conservase como trofeo de su brillante defensa, y á las que dijo no tener derecho, porque nuestro crucero no se había rendido sólo á su buque sino á cuatro acorazados.

A estas pruebas de exquisita delicadeza que en general se daban á todos, hay que agregar el gran cariño, el infinito amor con que fueron auxiliados los heridos á quienes prestaron extremada atención y en cuyo trato dejaron sentir toda la nobleza con que adornarse puede un pueblo generoso.

Yo recuerdo,—y perdonen mis lectores que personalice algo,—que cuando fuí recogido y llevado al *Glowcester*, donde se me hizo una cura provisional por carecer-

se de elementos para hacerla completa y por exigir mi gravísimo estado el más absoluto reposo, mandó el médico á uno de



los marineros americanos que permaneciera á mi lado para impedirme todo movimiento.

Aquel hombre que momentos antes tiraría de la *piola* de un cañón para enviarnos la muerte envuelta en un pedazo de acero,

cuando en las horas de irritantes dolores, mis extenuadas fuerzas reclamaban el auxilio de las suyas, fuertes y vigorosas, al acercar á mis abrasados labios alguna taza de caldo ó un vaso de agua con brandy, procuraba con los solícitos cuidados de un hermano cariñoso aliviar en lo posible las terribles angustias de aquellos momentos.

En sus entrecortadas palabras adiviné, en más de una ocasión á través de los vendajes que cubrían mis ojos, lágrimas en los suyos, lágrimas verdaderas, representación elevadísima de la compasión que aquel enemigo victorioso sentía por nuestra desgracia.

\*  
\* \*

En la tarde del 3 fuímos divididos los prisioneros en tres grupos: uno compuesto de nuestro almirante, general segundo jefe y oficialidad á bordo del *San Luis*, otro formado del grueso de la marinería y al-



gunos oficiales en el *Harward* y el grupo de heridos graves en los buques hospitales.

Yo formé parte de una quincena que fuimos conducidos al *Olivet* y allí tuve la suerte de encontrar y ser asistido por el doctor Gómez de la Torre, médico cubano agregado á la Cruz roja americana, á cuya hábil operación y exquisitos cuidados, puedo decir que debo la vida.

En este buque permanecimos cinco días, pasados los cuales nos transbordaron al *Solace*, buque hospital, montado con verdadero lujo y extraordinaria suntuosidad que después de una feliz travesía, durante la cual fuimos objeto de todo género de atenciones, tanto por parte de los médicos encargados de nuestra curación, como por parte de la oficialidad del barco, nos dejó en Norfolk, en cuyo soberbio hospital naval quedamos definitivamente instalados y á donde desde un principio llegaron tanto las muestras de simpatía y respeto



del pueblo americano, como aquellas que encerraban el deseo de su gobierno de hacer nuestra prisión lo más llevadera posible.

Las mismas mujeres norteamericanas, que á la severidad del hombre para las luchas de la vida, unen la más exquisita delicadeza para la caridad y el amor, dejaron sentir los consuelos de estas inestimables propiedades del alma y así á las veinticuatro horas de nuestra estancia en el hospital entregaron ropas para todos los heridos; constantemente recibíamos flores que alegraban nuestras habitaciones y sabrosos platos preparados con el esmero y cuidado de una madre cariñosa y los jueves, por regla general, organizaban conciertos en el salón de música, con el cual se hacían cortas algunas horas de nuestro cautiverio.

Dos médicos eminentes de la marina americana, doctor Cay y doctor Huntington, se encargaron de nuestra curación, en



la que mostraron el más grande interés, digno del mayor elogio, cumpliendo además el sagrado deber de

ser para nosotros amigos y consuelo en medio de tanto horror y tanta desgracia.

El cuidado de los enfermos durante el día estaba á cargo de las *nurses*, especie de practicantes cuyos conocimientos y habilidad eran en extremo notables.

No quedaba reducida la misión de estas damas á la materialidad de una cura anti-séptica; eran compañeras inseparables, verdaderas hermanas llenas de amorosa atracción hacia sus pacientes, llevando á tal extremo el cumplimiento de su deber, que en nada podían echarse de menos las más solícitas atenciones del propio hogar.

Durante la noche y gracias á una deferencia del gobierno americano, por la cual se quebrantaba el reglamento del hospital que lo prohibía terminantemente, velaron nuestro dolor las hermanas de la Caridad, cuyos servidores y consuelos jamás podremos olvidar cuantos allí permanecemos, y para demostrar á qué punto llegó el interés puesto por esta santa institución en nuestro obsequio, citaré el caso de que en la inmensa extensión del territorio de los Estados Unidos se buscó y trajo á nuestro lado la única persona de la Orden que, nacida de padres españoles, hablaba nuestro idioma.

Todo fué respeto para nosotros, toda consideración y cariño. Pudo más en nuestro enemigo el peso de sus sentimientos ante el heroísmo de su enemigo débil y destrozado, que el orgullo de su triunfo tan preparado como sencillo.

En las victorias fáciles el elogio del vencido, enaltece al vencedor; como la obra de caridad se avalora más, cuanto más se encomia al desgraciado que la perciba, en tanto se oculta, al propio tiempo, la fatuidad de aquel que la ejecuta.



## AMISTAD Y SACRIFICIO

**E**RA el momento en que el combate naval de Santiago de Cuba tomaba un nuevo aspecto.

Destruídos nuestros débiles cruceros *Teresa* y *Oquendo*, quedaba reducido nuestro poder naval al *Vizcaya*, análogo á los anteriores, y el *Colón*, que con buen andar había logrado aunque momentáneamente, alejarse algo del fuego enemigo.

El peso de la batalla lo llevaba íntegro, en aquellos instantes á que me refiero, el *Vizcaya*, sobre el cual se concentraban los fuegos de los poderosos acorazados norteamericanos.

La desigual lucha entablada entre aquel solo barco contra toda una escuadra de la importancia de nuestro enemigo, no hace decaer ni por un momento el elevado espíritu de aquella dotación, que tan bravamente cobija con su mando ejemplar el Comandante del buque, Sr. Eulate.

Las granadas enemigas visitan con frecuencia nuestro crucero. Llevando envueltos en sus saludos la muerte y el incendio; que ambas cosas van sembrando en distintas partes del buque, haciendo correr la sangre é imposibilitando cada vez más la estancia á bordo.

En la batería baja, donde se hallaban emplazadas las piezas de artillería de pequeño calibre, se encontraba el entonces Alferez de navío D. Luis Fajardo, joven cuyo valor corría parejas con su simpatía y su bondad.

Querido por todos sus compañeros, lo era si cabe aún más por sus subordinados, los cuales sentían por él esa adoración

que dentro del servicio militar es producido por la atinada mezcla de la consideración cariñosa y la autoridad del mando.

Fajardo en su batería anima á los pocos que á su lado quedan. El fuego de los cañones que aun permanecen útiles continúa. Una granada explota en las proximidades donde este oficial se encuentra y es alcanzado por un casco, que corta casi á cercén su brazo iz-



quierdo dejándoselo suspendido por un colgajo insignificante.

Dos marineros, que sufrieron las chamuscaduras de las llamas de la explosión, se arrojan sobre su oficial, apercibidos de la lesión, y con sendos compresores detienen la abundante hemorragia producida por la terrible herida, y en esta situación, Fajardo es conducido á la enfermería alta de combate.

\*  
\* \*

En esta enfermería se encuentra el médico D. Nicolás Gómez Tornell, el cual atiende con toda solicitud á los muchos heridos que el fuego enemigo va produciendo poco á poco.

Unen á Fajardo y Gómez Tornell lazos de una verdadera amistad, y al encontrarse, un estrecho abrazo les estrecha sirviendo este momento para que el joven doctor se aperciba de la irremediable pérdida del brazo de su amigo.



—Córtame esto — dice Fajardo con una estóica serenidad, — porque me molesta horriblemente.

No haré semejante cosa—le replica Gómez Tornell.—Espera que llegue ocasión y momento oportunos y te haré una operación como Dios manda.

—Está bien—dice Fajardo—pero te suplico encarecidamente que nadie me opere más que tú.

—Así será — contestó Tornell — si en el resto de este desastroso combate, no quedo yo en circunstancias análogas á las tuyas.

En este momento penetra en la enfermería el Comandante del buque D. Antonio Eulate, herido gravemente en la cabeza. Al ver á Fajardo le preguntó con interés lo que le ocurría, y entonces este oficial, irguiéndose con la majestad del hombre, cuya conciencia se halla perfectamente satisfecha del cumplimiento de sus deberes, y sin que su semblante acusase la menor expresión de los grandes dolores

que le producen la terrible herida, contesta: *Me han quitado un brazo, mi Comandante, pero no importa; aún me queda otro para servir á mi Patria*, frase digna de figurar en la Historia como una de las más salientes entre las muchas vertidas por los más bizarros y heroicos Capitanes.

\*  
\* \*

Curado provisionalmente el Comandante del buque, vuelve á su puesto de honor, y en la enfermería quedan Fajardo y Gómez Tornell, este último atendiendo con solícito cuidado á los muchos heridos que tiene á su cargo. La batalla sigue cada vez más dura y cada vez con más desventaja para nuestro débil crucero, sobre el cual arrecia el fuego del enemigo con mayor intensidad, haciendo presentir su completa destrucción en breve tiempo.

Una granada de los americanos explota

en el interior de la enfermería y uno de sus cascos atraviesa el brazo derecho del doctor.

«Ya estamos casi iguales», dice á su amigo, pero no te preocupes, pues creo que no han de faltarme las fuerzas necesarias para cumplir con mi obligación y mi deber de amistad para contigo. Un abrazo sella este pacto de sangre entre los dos amigos, á quienes une la desgracia. -

.....  
.....

Arde el *Vizcaya* devorado por el incendio.

La estancia á bordo se hace cada vez más imposible.

El pabellón patrio envuelto en llamas, cae presa del fuego, y es sustituido por otro que mantiene la vida de España, dentro de la muerte que por todas partes ha sembrado nuestro enemigo.

Los buques americanos envían sus botes para hacer el salvamento de nuestros

supervivientes, y en uno de éstos, procedente del *Yowa*, son conducidos á su bordo, nuestros dos Oficiales.

.....  
.....  
.....

Al atraear el bote al acorazado enemigo, Fajardo rehusa todo auxilio y trepa, con el solo brazo que le queda útil, por la escala de combate con agilidad y gallardía tal, que á nadie hace presumir la magnitud de su herida.

Al llegar al portalón y encontrarse formada la dotación del barco enemigo y dispuesta á recibir á sus prisioneros con todos los honores que reclamaban su valerosa conducta en el combate, Fajardo se cuadra y saluda con la misma soltura, con igual solemnidad con que pudiera haberlo hecho en la tranquila paz y en una visita de riguroso cumplimiento.

.....  
.....

Sobre la mesa de operaciones está el cuerpo de Fajardo. Los médicos americanos se disponen á realizar la intervención necesaria.

Gómez Tornell al lado de su amigo, y fiel cumplidor de su palabra, procura, ante el desconocimiento del idioma, buscar, sea como sea, el procedimiento de encargarse de la delicada operación.

Pronto comprenden los cirujanos enemigos que no se hallan con un ignorante de la profesión y entregan á nuestro Doctor aquellos elementos que le son necesarios para su humanitaria labor, dedicándose ellos á la curación de los muchos heridos, que su poder soberbio produjo en nuestras débiles fuerzas.

.....

.....

Con mano hábil, nuestro Doctor empieza todas aquellas operaciones preliminares que su delicada intervención exigen, olvidando su gravísimo estado. Funcionan

bajo la acción de su debilitado brazo el bisturí, la sierra y la aguja, sin que por un momento decaigan sus energías ni se perturbe la tranquilidad de espíritu necesaria para realizar con calma tan intrincada labor.

Gómez Tornell concluye la operación. Su brazo herido, presa de dolores intensísimos, es invadido por una grande inflamación que obliga á los médicos americanos, cuyos auxilios reclama, á cortar la manga de su marinera para poder quitársela.

El enemigo que admiró desde un principio la conducta de Fajardo, no dejó de hacerlo en el mismo grado con respecto al joven Doctor, extrañándose que con la herida que éste padecía, pudiera haber soportado tal índole de trabajo.

\*  
\* \*

El heroísmo no es solamente al valor máximo desarrollado durante el combate, al cual nos obliga un momento de digni-

dad, fundamentado en una exquisita educación moral que radica en el amor á la patria y su bandera.

No es tampoco aquel sacrificio que se hace en holocausto de la santa y legítima aspiración de atraer la pública atención, satisfaciendo el deseo de gravar nuestro nombre en el libro de la Historia.

¡Hay otro heroísmo que, ocultándose discretamente en las sombras de la modestia, es aún mucho más grande, porque exige el sacrificio de la mayor de las pasiones humanas, la del egoísmo. Tal es el que se desarrolla en esta pequeña historia y tal es el que comparten por igual los dos amigos, Fajardo y Gómez Tornell, en los momentos críticos de la vida, en que se realizan los más santos preceptos de nuestra cristiana religión: *Amaros los unos á los otros, como os amais á vosotros mismos.*

¡Este es el verdadero y grande sacrificio!

¡Este es el verdadero amor!





## LA REDENCIÓN DE UNA CULPA

---

**L**A jornada de aquel día, precursor de nuestra salida de Santiago de Cuba, había sido dura.

Las fuerzas de desembarco de la escuadra de Cervera, al mando del malogrado Capitán de Navío D. Joaquín Bustamante, habían compartido gloriosamente su trabajo con el ejército, en lucha heroica contra nuestro poderoso enemigo.

Aquel mismo día vistió la Marina las negras galas de uno de sus más dolorosos lutos.

El inolvidable Bustamente, una de las

más legítimas esperanzas de la Patria y uno de sus hombres de mayores méritos, fué herido de muerte de un balazo en el vientre que le privó de la vida pocos días después. La Marina había perdido uno de sus más ilustres jefes y una de sus más prestigiosas inteligencias.

La orden de reembarco fué dada y como fuego por reguero de pólvora, corrió la noticia de que tal disposición obedecía, á la que obligaba á nuestra débil escuadra, á salir del puerto y entablar combate con los poderosos buques americanos. Así lo había dispuesto nuestro Gobierno, y así, por lo tanto, lo exigía España.

Ni un sólo hombre de los que se hallaban en tierra faltó á la lista por la noche, reinando la alegría y el buen humor entre todos como si aquella salida, que tantas víctimas había de producir, fuese un festival agradable que nos esperase. Y es, que el santo amor á la bandera, lleva á los ánimos esforzados manantiales de energía,

que hacen á los hombres desprenderse de todo egoísmo humano para ir al sacrificio de la vida contentos y satisfechos, con aquella santa unción, con aquella misma alegría de nuestros venerados santos del Martirologio, cuando entregaban sus cuerpos á los más horribles sufrimientos, en holocausto del Señor y en beneficio de la expansión mundial del Cristianismo.

\*  
\* \*

Entre los que regresaron á bordo, se encontraba el contraataca Orjales, de la dotación del *Vizcaya*, al que había correspondido aquel día uno de los puestos en tierra, de más fatiga y de mayores peligros.

Su conducta había merecido los plácemes de sus jefes, añadiendo así á su hoja de servicios—limpia de toda falta—una nota más de brillante comportamiento.

¿Fué la influencia de aquella alegría de

que os hablé en párrafos anteriores? ¿Fue quizás la excitación de un día de batalla, en que espíritu y nervios puestos en tensión durante horas y horas provocan situaciones de ánimo que quizás no se sintieron jamás? Ello es, que durante la comida de aquella tarde, Orjales debió de excederse algo en el beber, y como no estaba acostumbrado, los vapores del alcohol hicieron bien pronto sus efectos, y Orjales dejó de hallarse en el estado de discernimiento, tan necesario para el cumplimiento de sus deberes.

Llamado por el Comandante del buque para asuntos del servicio, no tardó éste en apercibirse del estado de Orjales, lo cual llamó su atención por tratarse de un subordinado, á quien jamás había tenido necesidad de reprender por su irreprochable conducta.

«Señor Orjales—le dijo— esta falta es de las que exigen un castigo ejemplar en otro cualquiera que no fuera una persona

como usted, á quien no tuve necesidad, durante el tiempo de mi mando, de llamar la atención en acto alguno del servicio; pero en este caso, yo abrigo la esperanza de que en el combate de mañana sabrá, con su comportamiento, lavar esta falta, como lo exige la gravedad de la misma.

Como por encanto desaparecieron en Orjales los efectos de su excesiva libación, y desde aquel momento, la conciencia llamó á las puertas de su dignidad, provocando la idea de cumplir con el deber sagrado que le imponía su arrepentimiento.

Orjales medita, piensa, busca en lo más recóndito de su pensamiento aquel hecho que le distinga de sus compañeros y que al mismo tiempo satisfaga los deseos de su Comandante.

Su imaginación forja proyectos, pero todos se defraudan, ante la idea de que puedan sus acometividades ser motivo de interpretaciones contrarias á su leal sentir, y á sus dignísimos propósitos.

Sólo hay algo que pueda ofrecerle la ocasión que anhela, y ese algo es, el auxilio providencial, lo que únicamente puede darnos el que todo lo dispone y que sobre todos manda.

Orjales pide con fervor á la Santa Virgen del Carmen que no le abandone y que, aun á costa de su vida — que le ofrece—le preste su ayuda para conseguir limpiar su alma de aquella pesadumbre que le agobia, de aquel verdadero pecado que una imprudencia le hizo cometer.

Y tranquilo se entrega al sueño, sueño reparador del espíritu del justo, del verdaderamente arrepentido.

.....

.....

Truenan los cañones; las granadas zumban pasando velozmente sobre nuestro crucero *Vizcaya* sin hacer blanco, mientras que otras más certeras estallan en sus baterías, sembrándolas de muertos y heridos.



Orjales al pie de su cañón, tranquilo y sereno contempla las escenas de horror y los estragos de la metralla enemiga. Fiel al cumplimiento de sus deberes, ve cómo van desapareciendo los sirvientes de la pieza encargada á su mando, y en más de una

ocasión es rozado por los pedazos de una granada, que llevan envuelta la muerte de alguno de sus compañeros.

Sin embargo, Orjales tiene su pensamiento fijo en otra idea. Cumplir con su deber es poco. Necesita reivindicarse, porque aún suenan en sus oídos las palabras de su Jefe: «Es preciso que durante el combate lave usted tan grave falta». Orjales espera... Orjales confía en su santa invocación...

De repente, un proyectil, rebotado por el agua, cae en la cubierta del buque amenazando con su explosión las vidas de cuantos se hallan en sus proximidades.

Un momento hay de impresión y pánico entre los que sienten el inminente peligro, menos en Orjales, que como tigre ambriente, se lanza sobre la granada que agarra con verdadera efusión y con ella en los brazos se dirige á donde se encuentra su comandante, y después de llamarle repetidamente la atención, le dice: «¡Ya le



lavé, mi comandante!» y le arrojó al agua.

Antes de que el proyectil tocara la superficie del mar, explotó, sirviendo su detonación de salva de honor al heroísmo del que supo — aun á costa del mayor de los peligros — buscar la redención de su culpa en el más alto de los sacrificios.



## EL CANTO NACIONAL

**H**ACE próximamente diez y siete años en que nos hallábamos en el período álgido de nuestras guerras coloniales.

Deprimido el espíritu nacional por las estériles pérdidas de sangre que aquellas luchas originaban, y ante el fantasma, luego realidad, de la intervención americana, nuestros Gobiernos buscaron como nota de alimento espiritual algo que pudiera ser agente impulsor de la grandeza de alma que necesita un pueblo decaído, para ponerse en condiciones de vencer ó, cuan-



do menos, de ser vencido con toda la gallardía que por tradición histórica nos correspondía.

La Prensa con sus campañas en pró de nuestras ficticias grandezas; la ilustración periodística por medio del grabado; los grandes hombres políticos con sus discursos catilinarios y frases capaces de resucitar á muertos, como aquella de: *el último hombre con la última peseta*; en fin, toda aquella labor de engaño á un pueblo digno de mejor suerte, tuvo un digno remate, cuando se cayó en la cuenta de que España no tenía, como nota de entusiasmo, con que alentar á sus hijos, un himno nacional, y entonces se recurrió á buscar, entre lo más conocido de nuestra música popular, la *Marcha de Cádiz*, del genial é inolvidable maestro Chueca, que fué consagrada como expresión fiel del sentimiento patrio.

La Patria se define de dos maneras: una por sus confines geográficos y otra por

la expresión común de sus sentimientos.

Nadie duda que español es todo aquel que, sujeto á las leyes comunes del país, se encierra dentro de los confines que nos señala la Geografía; pero nadie dudará que las distintas regiones que componen el Estado español son de idiosincracia tan distinta como aquella que separa al gallego del andaluz, al catalán del extremeño, al levantino del centro de España, constituido por Aragón y Castilla, ó al vizcaíno del resto de los españoles.

Aunar toda esta diversidad de caracteres en una sola nota que sea la más alta expresión del sentimiento común, sólo puede hacerlo ese algo, que revestido por el arte, lleva á nuestros corazones la emoción diferencial de la de otros países, lo que provoca el entusiasmo y trae á nuestra memoria, en lejanas tierras, el recuerdo de la patria única, sin egoísmos regionalistas ni pequeñeces de pueblos ó aldeas; lo que podemos llamar el canto nacional.

Ahora bien; ¿cuál es en España ese canto?

Las canciones del Norte, lánguidas y ritmadas entre obscuridades neblinosas de valles, amenazados por altas y soberbias montañas, entre el timbrear de la esquila de los ganados y el chirrido del rodar de sus carretas en los vericuetos y empinadas cuestas de sus caminos, es algo que parece ser rechazado cuando se asoma al sol fulgente y abrasador de nuestras provincias andaluzas, donde todas las bellezas de tales cantos parecen disolverse en la indiferencia, como las nieblas de aquellos países desaparecen bajo la acción del calor de los más tenues rayos solares.

Nunca los andaluces sentirán las canciones del Norte, como tampoco herirán los sentimientos de éste, el trinar alegre y candencioso de los cantos del Sur.

El zortzico vascongado, que lleva consigo el recuerdo de la exaltación primitiva de la raza celtíbera. La sardana en Catalu-

ña que es, en unión de sus cantos populares, un atávico recuerdo del señorío lemosín. Los cantos levantinos flamencos, en cuyas armonías suaves y lentas parece escucharse aún la voz del muezin. Las seguidillas manchegas, en que parecen morir las últimas esperanzas de Sancho, lleno de dolor ante la pérdida de Don Quijote. Todo, todo es puramente regional, nada de ello puede conceptuarse como unidad de sentimiento nacional, toda queda encerrado en un círculo pequeño y reducido, que no traspasa ni aun las fronteras pequeñísimas de un pueblo á otro. Pero ¿y la Jota?, la Jota aragonesa, por supuesto, ¿no es el canto nacional, *ese algo*, que llena nuestros espíritus de un sentimiento tan necesario para la vida de España, como lo es el alimento para la existencia vulgar?

Cuatro versos sencillos en los que se conjugan, desde el epigrama lleno de gracejo é insidiosa filosofía, hasta la dicción

elegiaca, en que se canta la grandeza anímica de todo un pueblo que clama por su independencia, ante la invasión del despotismo y la ambición, rimados á tiempo de elegante vals, tonificada su armonía enérgica por la de las almas fuertes y vigorosas: tal es la Jota y tal es la representación del canto nacional.

Ninguno otro se puede prestar á ser el símbolo que represente el sentir nacional de los españoles.

Cuando la Academia de Poesía, puso como tema para un delicado premio, expresar en cuatro versos el amor á la Patria, ninguno de los concursantes se le ocurrió otro metro que aquel que se ajustaba á nuestra Jota aragonesa.

Cuando España, con sus guerras coloniales enviaba sus hijos á una lucha en que el clima era el peor de los enemigos, lo hacía con aquel paso-doble de *Los voluntarios*, cuyas armonías se fundamentaban en la Jota aragonesa y, finalmente, —



retrocediendo un poco— cuando nuestra península sintió el peso abrumador de una invasión francesa, y Zaragoza sitiada por los franceses, padecía los horrores del hambre y la peste, y Agustina de Aragón, daba al mundo el ejemplo del temple acerado de nuestra mujer española; por calles y plazas zaragozanas transitaban patrullas que en vez de fusil, que descansaba de la lucha, empuñaban sendas guitarras, bandurrias y requintos para cantar aquella memorable copla que decía:

«La Virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa,  
que quiere ser generala  
de la tropa aragonesa.»

Y esta copla saltó por encima de los muros zaragozanos y se extendió por toda España; porque esa *virgencica* tan pequeña, es la más adorada de todos los españoles, es la que encarna el amor á la Santa Madre de Dios y por esto mismo es la más grande de todas las adoraciones, y porque,



también esta copla, era el sentir de todo un pueblo, que llamarse español, se encarnaba dentro del alma aragonesa.

La Jota aragonesa es la más fiel expresión del sentimiento español. ¿Prueba? Bien fácil es demostrarlo.

Reunid de entre todas las provincias españolas los individuos que queráis, incluso los niños. Haced que suenen entre estas masas los distintos cantos regionales, y observaréis que los efectos producidos sólo

llegarán á una determinada cantidad de personas; pero dejad en cambio que suene el rasguear de las guitarras, el puntear de las bandurrias y el acompasado pulsar del guitarrero y que una voz varonil entone una Jota aragonesa, y entonces veréis cómo se unifican el gusto y el sentimiento y cómo á todos llega el gracejo de la copla ó el fortificante y alentador soplo del patriotismo.

Por esto y sólo por esto es y será siempre la Jota el canto nacional; por esto Aragón es la madre de la Patria española y por eso todos los que españoles quieren sentirse, han de sentirse aragoneses, y los que no hemos tenido la dicha de nacer en aquella bienaventurada tierra, cuando menos sentimos una pequeña envidia por los que con su canto popular son la piedra de toque donde se doran las más altas ilusiones de un pueblo grande que fué—hoy pequeño—, pero siempre dispuesto al resurgimiento, escuchando el rasguear de las



guitarras aragonesas,  
el puntear de sus ban-  
durrias, el acompasa-  
do pulsar del guitarro y la voz potente  
del maño que cante:

El himno de España entera  
es la Jota de Aragón,  
porque en sus cantos encierra  
el sentir de la nación.

## En la vida militar

---

Algunos consejos.

**D**ESPUÉS de algunos bombardeos de la escuadra americana, que sirvieron, no solamente para poner de manifiesto la inmensa superioridad de su poder sobre la nuestra, encerrada en Santiago de Cuba, sino también para que pudieran apreciar la escasez de nuestras míseras defensas, el cerco del bloqueo de que éramos objeto, fué estrechado, y los cuidados y precauciones de nuestro enemigo para impedir toda escapada, fueron aumentando, para lo

cual iluminaban durante la noche la boca del puerto con los proyectores de sus acorazados.

Por nuestra parte continuamos prestando toda la atención posible á la estricta vigilancia nocturna, tanto los destroyers como las exploradoras de los buques grandes que cooperaron siempre con el *Furor* y *Plutón* en ayuda del mejor servicio, de cuya rudeza sólo puede darse cuenta aquel que haya tenido necesidad de desempeñarlo, y para demostrar la cual, citaré lo que me ocurrió una de las noches en que quizás fuera de mayor interés permanecer alerta.

El cansancio y la fatiga de las dotaciones—á las que no podía darse más reposo que algunas horas durante el día—eran tales, cuando llevábamos veintiocho ó treinta noches de velar, que constantemente se hacía necesario prestar gran atención para que la gente no se durmiera en sus puestos.

En una de aquellas, se me dió parte de que el centinela colocado en la plataforma



de proa se había dormido, á pesar de llamarle la atención por segunda vez. Como he tenido por

costumbre mientras permanecí en el servicio, resolver por mí todos los conflictos que en mis guardias se han presentado,



antes de ponerlo en conocimiento de mis jefes, evitando así en muchas ocasiones que la dureza de un severo Código inutilizase á un hombre honrado, me dirigí al sitio ocupado por el centinela en cuestión, le sacudí vigorosamente para despertarle, y así que tuve la seguridad de que se daba cuenta de la persona que tenía delante, empecé á hacerle algunas consideraciones sobre la gravedad de la falta que había cometido y la dura pena en que incurría —que podía ser la extrema—si el enemigo nos sorprendiese con su presencia, sin que él lo hubiera advertido. Terminaba mi pequeña reprensión, cuando aquel hombre se me vino encima y hube de sujetarle para que no cayera; ¡estaba profundamente dormido!

Mandé que fuera inmediatamente relevado, callé la falta porque entendí que la gravedad de ésta si puede ser castigada por el Código cuando se trata de hombres en la plenitud de sus fuerzas físicas, debe



considerarse leve cuando les abandonan sus facultades mentales, por la completa extenuación, y al siguiente día hice presente á mis superiores el estado de postración de las dotaciones, de lo que ellos mismos pudieron cerciorarse. Comprendiendo la necesidad de proporcionarnos el descanso preciso, sin cuyo requisito resultaría nula nuestra importante misión, se determinó asignarnos como albergue durante el día el *Ciudad de Mejico*, buque de la Trasatlántica que en el puerto se encontraba, y cuyas amplias cámaras y espaciosos sollados nos permitieron encontrar la comodidad suficiente para librarnos del sofocante calor que se desarrollaba en nuestros pequeños barcos, durante las únicas horas en que podían suspenderse las faenas requeridas por el servicio, y de cuyo capitán y oficiales recibimos todo género de cuidados.

\*  
\* \*

He narrado este episodio de mis recuer-

dos con el objeto principal de que sirva, para que sobre él, hagan algunas meditaciones aquellos de mis pequeños lectores en quienes empiecen á fomentarse las aficiones militares.

El ejército es una férrea cadena, cuyos eslabones, fuertes y vigorosos, se unen entre sí, por consistentes argollas.

Cada eslabón está formado por una de las distintas clases que integran el organismo militar, y las argollas que los unen, se funden con los más severos principios de la disciplina.

La disciplina es el orden, la mutua consideración y el respeto al superior, mantenidos por el Código con sus penas y castigos, impuestos á los infractores de tales principios, fundamentales para el mantenimiento de la fuerza constitutiva de la unidad Ejército, y de la que depende su mayor ó menor utilidad.

El Código militar es duro, muy duro, tanto como exige la pureza de la sagrada

representación de la Patria, cuando son reclamados sus servicios para defensa de su honor y su bandera. Pero tened en cuenta que la aplicación de sus severas penas dependerá en muchas ocasiones de vuestra intervención directa, y entonces, meditad, meditad mucho sobre el caso que se os presenta, y poniendo vuestra conciencia al servicio de vuestro corazón, sed tan parcios en el castigo como pródigos en vuestra bondad y cariño para con la desgracia. No olvidéis que la masa de soldados que han de servir á vuestras órdenes proceden de clases humildes que, en su mayoría, ignoran á menudo la magnitud del delito, y que por lo tanto, en muchos de los casos, sus faltas son cometidas más que por intención, por desconocimiento de las mismas.

Sed para vuestros subordinados padres cariñosos en el consejo, hermanos amantes en el trato, y amigos respetuosos en vuestra vida militar,

Abrid siempre que podáis las puertas de vuestra bondad al que humildemente ha de acogerse á ella y ha de solicitar de vosotros el perdón. Y cuando circunstancias de la vida os pongan en el trance de aplicar la ley severísima, mirad siempre en el soldado, más que al delincuente, á vuestro hermano ó á vuestro amigo.

No olvidéis que el don del mando, el que mantiene elevado el espíritu de los que sirven á vuestras órdenes, no estriba sólo en la rigidez ordenancista, sino en esa mezcla de rigor y cariño que forma la familia bajo la dirección de una paternal influencia.

Y finalmente, recordad siempre, que aquel genio de la guerra que pudo en momentos de su vida ser dueño de toda una Europa, era llamado por los suyos, por aquellos soldados obedientes como hijos cariñosos en la batalla, y dispuestos siempre á entregar su vida por el honor de Francia y su Emperador, *El pequeño camarada*.

## El cabo de mar Esteban Fradera

¡¡Por España!!

**S**I viajáis por las costas españolas y visitáis sus múltiples puertos, algún día tropezaréis con uno de nuestros diminutos barcos de guerra que lleva por título nominativo, *Cabo Fradera*.

No es ninguna punta saliente del perfil de nuestros límites terráneos, sobre el mar que nos separa de otras naciones, es el nombre de uno de nuestros muchos héroes perteneciente á la Marina de Guerra Española, y cuyo hecho voy á referiros, porque estimo es ejemplo digno de hacer firme en

la memoria de los buenos patriotas, el recuerdo de un nombre laureado por la historia.

El convenio de paz entre el Perú y España había sido firmado, y aprobado por ambas partes, y todo parecía acusar la natural tranquilidad después de concluído el conflicto pendiente entre ambas naciones.

Transcurría el día 5 de Febrero de 1865, posterior á aquel en que se firmó el anterior convenio y confiado el almirante de la escuadra española, general Pareja, en los ofrecimientos del Presidente de la República Peruana, permitió la salida á tierra de algunos de los tripulantes de los barcos de su Escuadra, que durante el tiempo de las negociaciones habían permanecido encerrados á bordo, con objeto de evitar todo género de incidentes que hubieran retardado la solución del problema planteado entre los beligerantes.

¿De quién ó quienes partió la agresión? Difícil es saberlo, porque cuando los re-

sentimientos y los agravios mutuos se ponen frente á frente, la intolerancia reviste tal carácter de quebradiza condición, que no puede saberse jamás quién fué el primero en la molestia, ni quién el último en aperebirla. Ello es, que la marinería desembarcada vino bien pronto á las manos con las muchedumbres de la más baja condición, del puerto del Callao, y que la piedra y el palo funcionaron á gusto de todos, tanto en el ataque como en la defensa.

Intervinieron las autoridades del país y todo parecía apaciguado cuando á las seis de la tarde se retiraba hacia el muelle el cabo de mar Esteban Fradera, de la dotación de la fragata *Resolución*.

Antes de llegar al punto de su embarque Fradera fué perseguido por una turba grandísima que, sobre increparle con dureza le amenazaba constantemente.

Fradera, despreciando á todos, y fiel á la consigna recibida, del tacto que habían de tener en tierra con las gentes del país,

procuró fletar una embarcación que le condujera á bordo de su barco; pero toda aquella gentuza del muelle se niega á transportarlo y, antes bien, le amenazan si intenta embarcarse en alguno de sus botes.

La gritería de aquella canallesca muchedumbre, que va engrosando poco á poco, llegando á componerse de algunos centenares de personas, sigue.

Fradera ante tal acorralamiento, ve perdida toda idea de prudente salvación y, desenvainando el cuchillo, se dispone á hacer frente á todos aquellos cobardes que en masa formidable se dirigen contra él.

Un oficial del Ejército peruano y otro de la Escuadra del mismo país, ambos próximos á él, procuran sujetarlo, y Fradera, siempre atento á los principios de la severa disciplina, obedece á aquellos oficiales, como si hubieran sido sus propios jefes; pero de nada sirve la protección que sobre su persona quieren ejercer los dos oficia-



les, y uno del populacho da un palo á nuestro héroe, mientras otro le arroja una piedra, con tan mal atinada dirección, que le vacía un ojo, dejándoselo colgante y fuera de su órbita.

«Yo no aguanto más», dice; y cortando de un solo golpe de cuchillo aquel ojo que le molesta, y desprendiéndose de las manos de sus protectores, acomete contra aquella formidable masa de gente que le espera, como puede el gigante esperar al niño, y que lo recibe con una verdadera lluvia de piedras

Rujidos de fiera escapan de la boca de Fradera, que más que el dolor físico que provoca la pedrada recibida, estima el honor de España, manchado en su honrado uniforme, y describiendo curvas de muerte con su cuchillo, siembra de cadáveres y heridos las calles que abre entre aquella masa humana, su impetuosidad y su heroísmo.

¡Por España!, dice cada vez que un *viaje*



de su afilada faca encuentra carne donde hundirse, y otras tantas lleva adelante el pabellón de la Patria, encerrado en el hermoso estuche de su gran corazón.

No podía durar lucha tan desigual man-

tenida entre un solo hombre y centenares de cobardes que así agredían á un ser acorralado, y Fradera sucumbió, dejando la tierra teñida de sangre enemiga, y abriendo un puesto más en la gloria á uno de nuestros innumerables héroes del martirio por España y para España.





## El juicio de Salomón.

---

**N**AVEGABA el *Nautilus*, buque escuela de Guardias Marinas, de vuelta y vuelta sobre las costas gallegas.

El viento ceñido y fresco de Finisterre, nos obligaba constantemente á virar por avante para alejarnos del peligro de un aterramiento que pudiera empujarnos hacia las rompientes de una mar cuyas espumas percibíamos desde á bordo.

Fija mi imaginación, más en las maniobras necesarias en todo buque de vela, que en otros actos del servicio, prestaba

mi guardia de Oficial, con toda la atención que reclama uno de los primeros servicios marineros, que nos son encomendados en los comienzos de nuestra carrera.

Pendiente estaba yo de mis preocupaciones técnicas, cuando de repente un marinerero con la color descompuesta y en actitud del que demanda auxilio, se dirigió á mí, reclamando el que le era preciso para defenderse contra la agresión de otro compañero que intentaba acometerle con una faca.

—Vamos á ver—le dije—¿qué ocurre? ¿Qué te pasa, que enteramente pareces un desenterrado?

—Mi Oficial—me dijo—el marinerero, fulano de tal (cuyo nombre no recuerdo) me amenaza con su faca y pretende matarme.

—Está bien—contesté—dile que venga á mi presencia inmediatamente.

Subió el hombre del cuchillo... pero ¡en qué estado! Su cara era más bien un cónclave de cardenales, que el rostro de un

ser humano. Sobre él debieron menudear los golpes de un fornido puño con una liviandad y una libertad de acción inconcebibles.

—Explícame el caso—le dije—porque tu falta es tan grave y tan negra, como obscuras son las señales de tu maltratada cara.

«Mi Oficial;—me contestó—como tienen los señores Oficiales prohibido que lavemos los platos en el agua sucia, éste—por su compañero—se empeñó en faltar á sus órdenes diciéndome, que á mí qué me importaba.

Le repliqué, y empezó á darme puñetazos, cogiéndome la ventaja, desahogándose á su capricho contra mí y poniéndome como usted ve. Como no podía quitármelo de encima eché mano de mi faca con objeto de asustarlo, para que me dejara en paz».

—¿Qué tienes tú que decir á esto?—le pregunté al asustado y pálido contrincante del maltratado compañero.

—Nada—me respondió—sino que el ha



berle pegado obedeció á una porción de cosas feas que me dijo, y que me subieron la sangre á la cabeza.

—Diestro eres en la réplica—le dije—porque si á tí se te subió la sangre, tú en cambio se la has puesto á él á las puertas de la piel.

Está bien, dije, con un aire de autoridad que contrastaba con mi modo de ser, y en seguida llamé á un ordenanza para que me subiera el Código de Marina, y una vez en mi poder, dí lectura solemne á aquellos artículos, que previniendo el caso, hubieran sido—de aplicados—motivo suficiente para recetar algunos años de presidio á los dos infelices que tenía delante.

—Ya véis—les dije—el resultado de vuestras mutuas exaltaciones. Y estando yo muy conforme—exclamé dirigiéndome al maltratado marinero, el de la cara acardenalada—con que las aguas sucias, no deben ser el baño preferente de limpieza donde busquen su brillantez los platos sustenta-



dores de nuestro pienso diario, tampoco estoy muy conforme con que hayáis resuelto vuestra polémica de una manera contenciosa, sin contar antes con mi directa intervención.

Yo supongo—proseguí—que ni tú pretenderás quedar con esa cara que parece un mapa-mundi, ni tú tampoco podrás escupir fácilmente, el susto que aún te revolotea por dentro. Así es; que estimo convenientísimo una mutua descongestión que os equilibre perfectamente.



No creo que mi fárrago de palabras fuera entendido por ambos combatientes con toda la claridad que yo me proponía, pero desde luego, aseguro que los dos me miraban con una ternura de expresión capaz de conmover á un santo.

—Ven acá—dije al hombre de la faz lesionada—colócate aquí, al pie de la meseta de guardia, y tú—dirigiéndome á su impla-

cable enemigo — coge el chicote de esa braza y dale á éste cuatro chicotazos en el trasero de manera que no te salgas ni un centímetro de la zona que te márcó, porque de lo contrario, me veré en la precisión de tomar otras medidas peores para tí.

Aquél hombre que había sentido la presión del puño de su compañero sobre su rostro, sentía á



su vez el denigrante golpear de una cuerda sobre sus nalgas. Pero como el sentimiento por las faltas nos hace decrecer la dureza en el castigo, el flajelador flaqueaba en el correctivo con gran satisfacción mía, y al llegar al cuarto golpe de los mandados por mi Código, le advertí la necesidad de apretar un poco en su faena, cosa que realizó á las mil maravillas, con un golpe capaz de señalar en frío el hierro de una caballería.

Yo creo que instantáneamente se borraron todas las humillantes huellas del rostro del acardenalado.

—Ahora ponte tú,—dije al hombre de las acometividades compañeriles—é inmediatamente ordené á su víctima que cumpliera con él igual función de desagravio.

Dada la orden, yo mismo que lé en ese estado de física conmoción que nos hace incluso tragar la saliva con dificultad.

El buen ejecutor escupió las palmas de

sus manos, como aquél que tiene miedo de perder una pulgada del arma del castigo, y después de frotárselas bien para asegurarse de la eficacia de su resolución, levantó el chicote y dió cuatro golpes á su agresor, que estoy por decir, que le hubieron de hacer crecer más de un metro.

—Basta; dije con la autoridad de un Juez que acaba de fallar un buen pleito. Podéis retiraros y dar por terminadas vuestras discusiones, puesto que lo que el uno lleva en la cara, el otro lo lleva en lugar que le traiga á la memoria la magnitud de su delito.

\*  
\* \*

Todo había concluído.

Los dos contendientes marcharon hacia la proa del buque, donde eran esperados por sus compañeros, testigos de aquel saludable juicio, y entre los cuales fueron recibidos en medio de una formidable algarabía de alegres risotadas y bromas, que

aunque á mí no llegaban por su contenido, bien comprendía su género, á pesar de la distancia que de ellos me separaba.

Contemplaba yo, con la sonrisa en los labios, el efecto de mi sanción gubernativa, cuando á mis espaldas sonó la voz del Comandante del *Nautilus*, con tono fuerte al par que interrogativo.

—¿Qué ha sucedido, D. Francisco? He visto lo que usted ha hecho, pero ignoro el por qué.

—Nada, mi Comandante, que esos dos muchachos querían resolver un pleito pendiente entre ellos y han acudido á mi buen consejo con el fin de que fuera fallado con la mayor equidad dentro de la mejor justicia.

Cuestión de higiene en la que entraban como base fundamental problemas de la limpieza de los platos de la Cámara de Oficiales y por el cual se buscaban entre ambos contendientes soluciones extremas, rayanas con los límites del Código. He

puesto á discusión la controversia, y sometida por mí á juicio de los letrados de mi suprema conciencia, he fallado como mejor solución, un mutuo reparto del quebranto de su honor.

Miróme el Comandante por encima de los cristales de las gafas, atusóse la barba blanca como ampo de nieve que cubría su rostro, dándole el aspecto sagrado de un reverendo franciscano, y con una plácida sonrisa de angelical agrado, me dijo:

—Está bien. siga usted así, y siempre que pueda no olvide el partir las diferencias de sus subordinados del mismo modo que acaba de hacerlo en el caso presente. Antes la razón que el Código, y antes que el Código usted.

Vire usted por avante.

Miré un momento á la proa del *Nautilus* donde seguía el jolgorio de la gente. El del rostro aporreado frente de su compañero, de su enemigo momentos antes, le señalaba con los dedos los golpes recibi-

dos, con el mismo cuidado que aquel que señala con un puntero á un adolescente las primeras letras de esos carteles que sirven para nuestra primaria instrucción.

En cambio el otro, con la plácida sonrisa del que halló la penitencia de su pecado, respondía haciéndole pasar la dura palma de la mano, curtida por la mar y el ejercicio, sobre sus doloridas nalgas, pareciéndome ver, á pesar del espacio que de ellos me separaba, que daba saltos aterradores como aquellos que pudiera dar el liso tablón sobre la ondulada superficie de un terreno labrado..

—¡Aparejo á virar por avante!—grité, é inmediatamente cada uno ocupó su puesto en la maniobra.

El *Nautilus* cambió de dirección. Como gallarda matrona envuelta entre bordadas telas, huyó de la rompiente amenazadora del farallón de Finisterre, como huyó del alma de nuestros protagonistas todo resquemor de sus pasados agravios.

Lo que amenazó en sus principios con los temores de la tragedia, había concluído con el festival de un sainete.





## Y... colorin colorao...

---

**U**NO de nuestros buques transportes de guerra, había fondeado en Marsella, y la marinería franca de servicio, según costumbre, saltó á tierra, esparciéndose por la desconocida ciudad, que todos pisaban por primera vez, y entreteniéndose sus ocios por calles y paseos, dando así distracción á sus espíritus y gozando algunas horas de libertad, tan necesarias para la dulcificación de las pesadas faenas del servicio.

A la hora de regresar á bordo faltó á la lista un marinero, cuyo nombre no hace al

c.13c. Yo estaba de guardia, y como de costumbre nada dije, esperando que aquel retardo, en sus deberes, no había de prolongarse mucho.

Sin embargo, el tiempo transcurría y nuestro hombre no regresaba.

Allá sobre las once de la noche, vino á bordo un marinero de otro de los barcos que se encontraban fondeados en el puerto, y me comunicó que el marinero en cuestión se encontraba en uno de los muchos establecimientos que había en las proximidades de los puntos de embarque, y que, en actitud agresiva, no permitía la estancia de persona alguna en el local, amenazando á cuantos intentaban ingresar en él.

Conociendo la población de Marsella, y sobre todo, la gente que pulula por sus muelles, comprendí prontamente el peligro que corría nuestro compatriota poniéndose en abierta lucha con la mucha gentuza que forma el contingente de indocumentados y

vividores de aquellos tenebrosos lugares.

Mandé á tierra inmediatamente un cabo de mar y dos números para que lo trajesen, aunque fuera amarrado, pues no comprendía tal actitud más que siendo hija de la borraçhera ó de la locura.

No tardaron mucho tiempo en regresar mis enviados con nuestro marinero, el cual ni presentaba síntomas de embriaguez, ni tampoco su aspecto era de los que acusaran un momento de enagenación mental; antes bien se encontraba perfectamente tranquilo.



Vamos á ver—le dije—cuéntame lo ocurrido.

—Pues verá usted. Se me había hecho tarde para coger el bote de á bordo y no hallando ningún botero en el muelle para que me trajese, entré en una de las tabernas para ver si encontraba alguno con quien ajustar el viaje.

El establecimiento estaba lleno, y no había más que un sitio en una mesa al lado del mostrador donde me senté.

Las miradas de las gentes que allí había se dirigieron hacia mí y bien pronto empezaron á sonar voces y carcajadas que sin duda ninguna tenían conmigo relación.

El nombre de España sonaba de cuándo en cuándo, de modo que, aunque en idioma que me era desconocido, no pasaba desapercibido para mí, que el honor de mi patria andaba maltrecho en boca de aquellos rufianes.

Olvidé ya mi vuelta á bordo y esperé á ver en qué acababa lo que desde el principio amenazó con aire de camorra.

Uno de aquella gentuza, se dirigió á mi mesa, dijo no se qué cosas que fueron motivo de grandes risas, é intentó darme un papirotazo en la nariz.

No había concluído su intentona cuando de un puñetazo lo tendí sin conocimiento debajo de una mesa.



Todos los demás al ver maltrecho á su gracioso compañero, se vinieron encima de mí y entonces tiré de cuchillo dispuesto á defenderme dejando el nombre de España en mi uniforme, á una altura como aquella chusma no esperaría quizás. Pero no bien se apercibieron de mi actitud, huyeron todos, dejándome sólo con el dueño del establecimiento; un tío gordo y grande capaz—al parecer—de aplastarme

de un sólo golpe de su puño formidable.

Dirigióse á mí y cogiéndome por un brazo intentó arrastrarme hacia la puerta. «Para tí también tengo franchute», dije y le dí otro puñetazo en medio de la barri-ga que le hizo doblarse como arco de vio-lín, y en seguida le enseñé la faca, lo que fué bastante para que tomase el mismo ca-mino que los demás. Dueño del campo don-de tanto se me había maltratado como español, y donde tanto se habían reído de España, permanecí hasta que han ido por mí mis compañeros.

—Bueno—le dije—ahora retírate á dor-mir y mañana hablaremos.

\*  
\* \*

Al día siguiente y al salir de guardia dí mi parte al Comandante «sin novedad».

A las doce próximamente de la mañana me llamó el mismo Comandante. Estaba acompañado de un señor de grandes bigo-

tes, sombrero de media copa y bastón con insignias de autoridad.

El señor Prefecto—me dijo mi jefe—dice que un marinero de este\* buque ha ejecutado anoche no se qué fechorías en un *café* del muelle amenazando á las gentes y no dejándolas entrar en el establecimiento.

—De que eso halla ocurrido—contesté—yo no puedo afirmarlo ni negarlo, ahora lo que sí puedo asegurar es que ese marinero no era de nuestra dotación.

Como se las entendió el Comandante con el Prefecto no lo sé, lo cierto es que allí quedó el asunto y libre mi buen marinero, que tan dignamente había defendido la Patria ultrajada por la canalla.

Lo llamé, vino á mi presencia y así le dije: «Acabo de defenderte ocultando tu falta de anoche por no haber llegado á tiempo; así como he callado lo que en tierra hiciste, porque el hecho de defender la Patria donde se la agravia, antes es

deber que delito, y por todo lo cual te impongo cómo correctivo que te fumes este cigarro puro cuando acabes de comer, y que mientras estemos en Marsella no salgas á tierra, para evitar que la traición de los malvados, pueda hacer contigo lo que cara á cara no pudieron hacer por tu bravura.

Intentó mi buen subordinado besar mi mano, yo le estreché entre mis brazos. Y... colorín colorao...



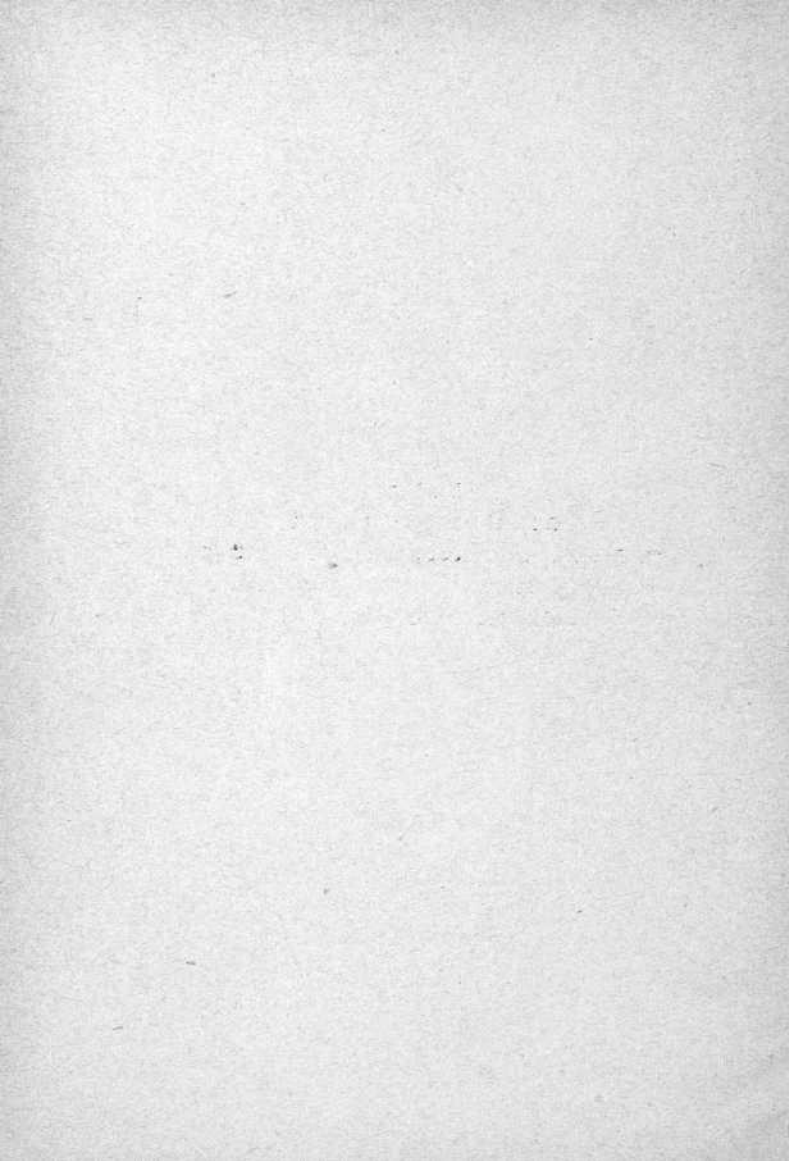


# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
AL LECTOR.....	9
Combate naval de Santiago de Cuba..	17
La primera comunión y un episodio his- tórico emocionante.....	39
Tragedia Histórica.....	49
Las guerras marítimas del porvenir....	61
La juventud y el heroísmo.....	77
Vencedores y vencidos.....	87
Amistad y sacrificio.....	97
La redención de una culpa.....	109
El canto Nacional.....	119
En la vida militar: Algunos consejos...	129
El cabo de mar Esteban Fradera: ¡¡Por España!!.....	137
El juicio de Salomón.....	145
Y... colorín colorao.....	157



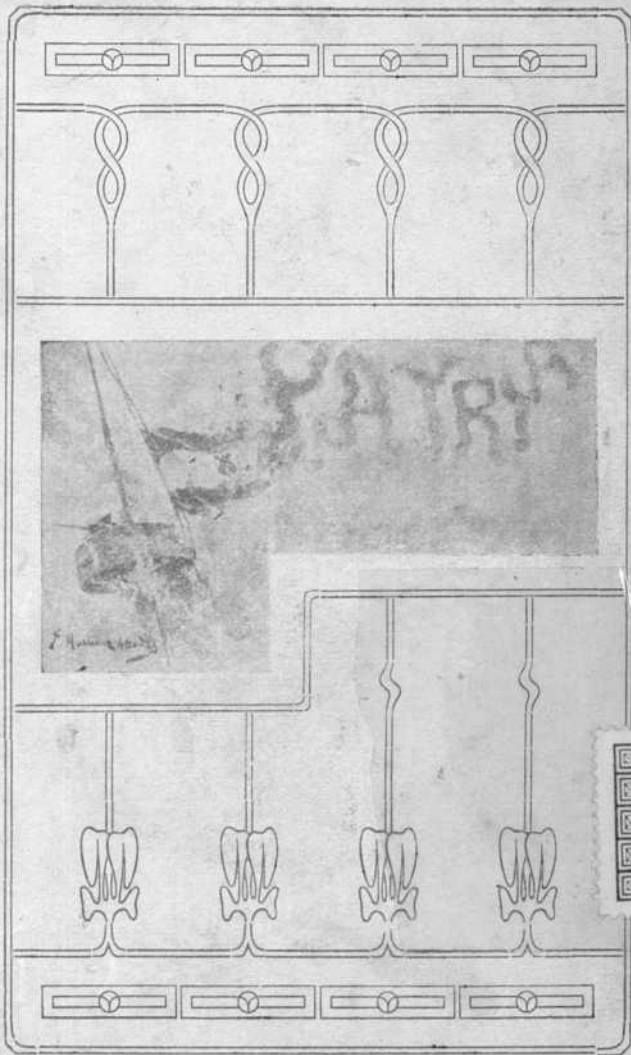
SE ACABÓ  
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EL DÍA XII DE AGOSTO DEL AÑO MCMXIV  
EN LA IMPRENTA HISPANO-ALEMANA,  
GONZALO DE CÓRDOVA, 22.  
MADRID











2



Francisco

Arderius

FRANCISCU ARDERIOS

1527